

UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
DIRECCIÓN DE POSTGRADO
MAESTRÍA EN LITERATURA VENEZOLANA

EL TRATAMIENTO LITERARIO DEL DEPORTE EN VENEZUELA
A PARTIR DE DOS NOVELAS: CAMPEONES, DE GUILLERMO MENESES
Y EL ROUND DEL OLVIDO, DE EDUARDO LIENDO

AUTOR: CASTILLO JHONNY

TUTOR: SUÁREZ NELSON

BÁRBULA, MAYO 2008

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo fundamental conseguir los puntos de encuentro entre el deporte y la literatura en Venezuela, propuesta que se logra a partir de un estudio de las obras más importantes que en diferentes espacios y épocas, tanto en el país como en el mundo, han tenido al deporte como tema recurrente en poemas, cuentos y novelas. Esta investigación toca aspectos teóricos relacionados con las definiciones de “mito” y “literatura” para abordar especialmente obras clásicas como La Ilíada y La Odisea; además se realiza un acercamiento al enfoque sociológico de la literatura a manera de aproximación, pues que lo que se atiende en profundidad es al análisis y comentario de una antología arbitraria realizada por el autor, de diferentes textos que por su valor artístico remiten implícitamente a relacionar ambas actividades humanas. Este estudio precisa cómo ha sido el tratamiento literario dado al tema deportivo en Venezuela a partir de las novelas Campeones y El Round del olvido. Las relaciones entre deporte y literatura siguen los planteamientos de Hernández Mendo, Juan Nuño, Jorge Valdano y de algunos críticos del enfoque sociológico como Edmund Wilson, Vico y Taine. Finalmente se exponen los antecedentes en distintos autores y géneros literarios, así como se determina la importancia del tema deportivo en la literatura venezolana del siglo XX y XXI.

DESCRIPTORES: LITERATURA DEPORTIVA VENEZOLANA

CAPÍTULO I

RELACIÓN HISTÓRICA Y UNIVERSAL ENTRE EL DEPORTE Y LA LITERATURA

Introducción

El trabajo que desarrollaremos a continuación tiene la difícil tarea de argumentar en primera instancia, que el deporte es una representación simbólica o expresión metafórica de algunos acontecimientos míticos y sociológicos en el ámbito de la cultura occidental; en especial si consideramos que el juego -como fenómeno tal y como lo conocemos en la actualidad-, adquirió rango de suma importancia en las narraciones clásicas, principalmente en La Iliada de Homero, escrita en el siglo VII aC. en la cual se le dedican 640 versos, lo que a nuestro juicio, bautiza lo que serán las primeras crónicas deportivas en el campo de la tradición literaria.

Partiendo de estas consideraciones intentaremos hacer un análisis que nos permita (apoyándonos en una antología de textos ad hoc que presentamos en el cuerpo del trabajo), explicar cómo el deporte ha sido un tema recurrente en el ámbito de la literatura en diversas épocas y contextos, no solamente en numerosos países del mundo, sino también en Venezuela; aspecto este el que más nos interesa para cumplir con uno de los objetivos fundamentales de la investigación.

No obstante, antes de entrar de lleno en el primer capítulo para realizar un recorrido por las obras y autores que han incluido en sus respectivas creaciones el tema deportivo en su intención literaria, hemos considerado conveniente marcar las diferencias entre dos conceptos básicos: mito y literatura. Esto con el propósito de sacarle mayor provecho al estudio de obras clásicas importantes y trascendentes como

en el caso de antes mencionado (La Ilíada); que para muchos críticos representa el fin del mito y el comienzo de la literatura.

Es así como el primer capítulo se dedicará a los textos clásicos, modernistas y contemporáneos que se han publicado a nivel universal. Desde la obra de Homero, pasando por el movimiento futurista, hasta llegar a las últimas expresiones de importantes narradores como José Martí, Horacio Quiroga, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y Gunter Grass, para nombrar tan sólo a algunos.

El segundo lo dedicaremos especialmente al caso Venezuela, que tiene en la novela Campeones publicada en 1939, el ejemplo más relevante por ser la primera en el “subgénero” deportivo que se publica en el país, pasando por figuras relevantes como Andrés Eloy Blanco y Miguel Otero Silva, quienes nos conducen más tarde a jóvenes promesas como Felipe Castillo o Carlos Brito.

El tercer y último capítulo servirá para hacer un análisis pormenorizado y profundo que abarca el espacio que va entre la publicación de las novelas: Campeones (1939), de Guillermo Meneses y El Round del Olvido de Eduardo Liendo (2002). Estas obras justifican un mayor interés y detenimiento por lo que representan en sí mismas, no solamente por lo innovador de la temática, sino porque nos permiten además, estudiar el estilo y las características propias de dos narradores que en épocas distintas representan un hito en el contexto de la literatura venezolana y latinoamericana; lo que finalmente nos permitirá acercarnos a algunas conclusiones.

LA ILÍADA INAUGURA LA LITERATURA DEPORTIVA

Luego de un cúmulo de lecturas realizadas acerca de los orígenes del deporte y la literatura en nuestra civilización occidental, resulta sencillo develar una lógica particular que destaca al deporte como una metáfora o representación simbólica de

algunos acontecimientos míticos y sociológicos en el contexto de la cultura occidental. Esta situación consigue asidero en lo que ha sido el gran paso de la narración de los sucesos mitológicos a lo que se conoce conceptualmente como “Literatura”; disciplina esta que dentro de sus características propias -que circulan en torno a la ficción y la realidad-, recoge en La Ilíada, La Odisea y La Eneida, especialmente en la primera, crónicas donde ya se relataban con extraordinaria minuciosidad descripciones acerca de los pormenores de los juegos y en la que el lector puede percibir con emoción el esfuerzo y el entusiasmo con que los atletas y los espectadores asumían la actividad deportiva.

En estas milenarias narraciones, que a nuestro juicio inician las primeras crónicas deportivas de la tradición literaria, destacan las carreras de carro, aunque no descuida, por supuesto, el levantamiento de pesas, el tiro, la jabalina, el boxeo, la lucha, las carreras pedestres (emblemizadas en la actualidad con el nombre de Maratón) y otras. De allí que para argumentar con mayor fuerza las consideraciones hechas al inicio de este párrafo será necesario explicar las diferencias fundamentales entre el mito y la literatura, para luego, hacer un recorrido discrecional acerca de la importancia que ha tenido el deporte desde su más remotos orígenes como tema recurrente en la actividad literaria.

Para cumplir con ello es necesario destacar que el mito, según señala Eliade:

Cuenta una historia sagrada, relata un acontecimiento primordial, el tiempo fabuloso de los “comienzos”. Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo gracias a las hazañas de los seres sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta realidad total, el cosmos o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución. (en Ariza, 2003: 13).

Considerando esta definición de que el mito es el relato de la creación del mundo del Hombre, de los astros y del cosmos podría afirmarse en contraste que la literatura es el relato de la invención de lo humano, lo que dista de la creación a la invención. Para ahondar en qué es lo que separa al mito de la literatura volveremos a Ariza (2003), para concluir que la literatura es la expresión del hombre, aún en sus géneros más fantásticos e imaginativos, en la que el hombre es el centro de la invención literaria. En el mito en cambio, los héroes son los dioses aunque sepamos que a través de las acciones y las pasiones de los dioses es el hombre quien habla de sí mismo. Su papel en el mito es el pasivo: el del destino sujeto a la voluntad de los inmortales.

Eliade (2000), lo expresa de esta manera: “El hombre moderno se estima constituido por la Historia, el hombre de las sociedades arcaicas se declara como el resultado de cierto número de acontecimientos míticos que también constituyen una historia, pero una historia sagrada” (:17). Los personajes del drama no son humanos, sino seres sobrenaturales; en la literatura, en cambio, toma por el hombre lo que le sucede al hombre, y aquello que le sucede son acontecimientos históricos, aunque sean los más íntimos.

Lo sobrenatural y lo meramente humano en la literatura y el mito

Partiendo de lo citado anteriormente podemos argumentar que la literatura nace a raíz de que el hombre deja de contar la historia de los dioses para contar su propia, una especie de conquista en la cual el hombre muestra sus hazañas y fracasos, su vida y su muerte, una puesta en escena donde ahora es él quien protagoniza. Esto marca un alejamiento entre los dioses y el hombre, un libre albedrío que lo lleva a desnudarse porque antes de que existiera la literatura el hombre era contado por el mito.

Para entender hacia donde queremos ir cuando tratamos de establecer diferencias, de manera resumida entre el mito y la literatura, es imprescindible recurrir a la figura

de Homero, un personaje polémico de la antigua Grecia a quien se le atribuye no sólo el hecho de haber escrito las dos más grandes obras de esta civilización: La Ilíada y la Odisea; sino el hecho de haber inaugurado la historia y el fundamento de la literatura occidental. Homero es una referencia universal que aún los críticos siguen estudiando con entusiasmo, no sólo por la trascendencia de su obra, sino porque alrededor de él los historiadores, críticos e investigadores, han levantado una discusión de matices variados, que pasa por las dudas en torno a su supuesta ceguera, la certificación de la autoría de sus obras, hasta llegar a la polémica sobre su verdadera existencia.

Es nuevamente Ariza (2003), quien explica con mayor claridad no solo estas divergencias sino lo que significa la figura de Homero para entender ese tránsito que venimos comentando y que nos conduce del mito a la literatura:

Sobre la idea de la invención de la literatura y su creador es significativa la polémica que existe en torno a la persona de Homero. En la famosa cuestión homérica, que tantas páginas ha inspirado, cierta crítica afirma que Homero no existió, que sus obras son la suma de muchas voces poéticas que fueron creando y modificando un mito original que las precede, se asegura encontrar pruebas de esta pluralidad de creadores en la fragmentariedad y en las contradicciones de La Ilíada y La Odisea. Es claro que otra actitud es la de quienes defienden la existencia de un solo autor llamado Homero. La polémica encierra, en el fondo, la doble perspectiva de aquellos que pretenden acercar los poemas homéricos al mito y los que prefieren acercarlos a la literatura. Si Homero es la voz de muchos poetas que repiten una tradición desde tiempos inmemoriales, estos poemas pertenecen más al mito que a la literatura. No obstante pensemos que un hombre llamado Homero es el autor de La Ilíada y La Odisea, su labor fue, en buena medida, recoger y cantar, él mismo, una tradición que le preexistía, aquella que habla de la época heroica de Grecia, en momento en que dicha época ha quedado atrás. Como sea, el puesto que ocupa Homero en la literatura

occidental, por ser el primero, comparte cualidades de estas dos realidades: la del mito y la de la literatura” (2003:18)

Esgrimidos hasta aquí los argumentos en torno a las fronteras teóricas entre el mito y la literatura, necesario es explicar que lo hemos hecho para colocarnos a las puertas de la sustentación de una hipótesis que pretende resolver lo expuesto en el primer párrafo de este documento, donde anunciábamos que el deporte viene a ser una metáfora o representación simbólica de algunos acontecimientos mitológicos y sociológicos en el ámbito de la cultura occidental, desde el siglo VII aC.; el mismo en el cual se ubica la primera realización de los Juegos Olímpicos.

Después de los argumentos que acabamos de expresar, donde se hace un esfuerzo por aclarar las diferencias entre el mito y la literatura resulta sencillo dilucidar las afinidades entre ambas categorías, por lo que deja de ser descabellado afirmar que el deporte además de ser una expresión propia del mito también lo es de la literatura, y esta premisa se fortalece aún más si valoramos que a pesar de que el deporte tiene su propio subcódigo y su propio lenguaje, también es imitación y representación de algo que bien puede ser la guerra o las hazañas de los héroes tanto terrenales como sobrenaturales. Creemos como Aristóteles que “la tragedia es la imitación de acciones nobles”.

Si escudriñamos con acuciosidad las dos obras fundamentales de Homero, vamos a conseguir una metáfora y una simbología que se repiten en el lenguaje de todas las disciplinas deportivas. Un ejemplo de ellos son los temas principales en La Ilíada, con la guerra (de Troya) y en La Odisea donde la trama se regodea en travesía de Ulises, su personaje principal.

Leamos ahora lo expresado por el filósofo venezolano Juan Nuño en su ensayo “Teoría de los Juegos”, del libro *La veneración de las astucias* (1989), para entender más claramente lo que tratamos de explicar:

Los juegos propiamente dichos son más complejos y requieren satisfacer la condición de ser una “representación”, “una imitación” de algo. Piénsese en el ajedrez, que imita el mundo de la guerra, y en que cada pieza representa una referencia militar directa. Cada tipo de juego colectivo puede traducirse a un lenguaje social más complejo. En el fútbol se habla de retaguardia, atacantes y defensas; en el béisbol, los jugadores se dedican a robar o a comprar, además de crear un lenguaje gestual que el contrario trata de descifrar; así como en el fútbol existe un reducto sagrado que se defiende a ultranza para que no resulte violado por la penetración del adversario, en el béisbol se arranca de un hogar o casa, a la que hay que regresar (Ulises), tras una carrera por el mundo exterior, recorriendo etapas obligadas, como quien recorre países extraños o sortea dificultades sin cuento. En general los juegos que requieren una participación colectiva son los más próximos a la definición de recepción de otra realidad, por más que ello se haga siempre por recursos miméticos”. (1989: 106)

Sin embargo, a pesar de estas claras referencias en torno a la relación entre el deporte y la literatura, nos resulta sumamente curioso que los escasos autores que han abordado el tema de manera crítica no mencionen directamente a *La Ilíada*, *La Odisea* y menos a *La Eneida*, como fuentes importantes para estudiar los vínculos entre el deporte y la Literatura. En ocasiones fundamos nuestras hipótesis sobre la causa de esto y presumimos un desconocimiento de los textos de Homero, o más bien, la poca importancia que se le ha dado a los mismos, específicamente a la hora de sondear los elementos que pudieran marcar el origen del encuentro entre ambas actividades, que están estrechamente ligadas, fundamentalmente porque el deporte formó parte de

las manifestaciones esenciales de la cultura griega, cultura que tiene su máxima expresión en los dos textos antes citados.

Deporte vs. Intelectualidad: ¿rivalidad entre arte y gimnasia?

Más allá del papel de los críticos, o de quienes se hayan interesado en la investigación sobre el tema, resulta extraña la marcada enemistad que hasta hace poco existió entre los intelectuales y el deporte. No es sino hasta los primeros años del siglo XX cuando debido a la masificación y por ende, a la modernidad de los deportes, que algunos escritores de manera tímida comienzan a interesarse por incluirlo como tema recurrente en sus obras. Es conocida y subrayada por el estudio de la historia que una de las celebraciones más importantes y tradicionales de la cultura helénica era la que realizaba el pueblo griego para rendir tributo a las victorias de los atletas, quienes eran homenajeados luego de cada proeza por escultores, poetas y pintores en los alrededores de El Partenón, fiesta en la cual, según algunas referencias importantes, el bardo Píndaro, poeta de la Grecia clásica, dedicó sus odas triunfales a las hazañas de los héroes olímpicos.

Hechas estas consideraciones es difícil comprender por qué algunos intelectuales y académicos, como por ejemplo Jorge Luis Borges y Humberto Eco, en alguna oportunidad se refirieron al fútbol como una manifestación marginal del hombre, que pareciera no tener ninguna relación con la cultura. Tanto es así que resulta difícil, al menos en Venezuela, encontrar antecedentes que aborden el tema relacionado con el deporte y la literatura, como si no existieran puntos de encuentro entre estas dos actividades aparentemente “tan disímiles”. Es posible que esto refleje el divorcio aparente que aún persiste entre el arte de ejercitar los músculos y la gimnasia intelectual.

Dos profesores venezolanos de Literatura, ambos de la Universidad Central de Venezuela, Edgar Colmenares e Ítalo Tedesco, han reflexionado en torno a la presencia del deporte como actividad universal de gran influencia cultural que enriquece al lenguaje y por ende a la literatura en una iniciativa que ayuda a echar por tierra las tentativas de querer aislar una actividad de la otra. Manifiesta el primero de ellos, que el deporte involucra una serie de aspectos que inciden sobre la sociedad: uno de estos es el lingüístico, ya que cada disciplina deportiva ha ido motivando su propio campo terminológico, que por su carácter técnico y por la procedencia común en muchos casos, en lo esencial, es similar también a muchas lenguas.

Bastaría revisar las denominaciones técnicas de deportes como el béisbol, el boxeo, el baloncesto, el golf, el voleibol y otros para constatar esta afirmación. De este modo, el léxico del deporte según Colmenares (1997), no es patrimonio exclusivo de una determinada comunidad de hablantes. Expresa este autor que:

...el léxico del béisbol, del boxeo o de cualquier otra especialidad deportiva, conforma un conjunto que identificamos como un subcódigo del subcódigo que es el léxico del lenguaje. Por subcódigo, de acuerdo con Gaetano Berutto (1979-1999), entendemos una variedad del código lengua, caracterizada por una serie de correspondencias adjuntas, es decir, que se agregan a las comunes y generales del código (sobre todo a nivel léxico) y son usadas en correspondencia a esferas y sectores definidos de actividad dentro de la sociedad y en dependencia del tema de que se habla. (2003:12)

De esta manera el léxico de los deportes se define en esencia, como un subcódigo del subcódigo del deporte y éste como un subcódigo a su vez del léxico general de la lengua. Al respecto, agrega Tedesco (1999), que la actividad deportiva da origen a lenguajes cifrados, generalmente considerados como jerga, lo que no corresponde con la verdad según las precisiones del entorno lingüístico, puesto que jerga supone una

organización léxica o un conjunto de palabras y expresiones a propósito de una profesión o área, pero implica a la vez la noción de informalidad con respecto a la norma culta, y éste no es el caso de las hablas especializadas surgidas del deporte.

La creación literaria es otro de los lenguajes de más alto nivel artístico. La literatura dedicada al deporte se centra en las esencias del deporte percibido como el objeto de canto y en las particularidades propias de la lírica o de la narrativa. En el texto Rocky Valdez, el cóndor del ring, Ponte Ariza (2002), periodista de Colombia, escribe la semblanza biográfica del boxeador que se enfrentó dos veces a Carlos Monzón, con desenlaces negativos. Al referirse a la segunda pelea escribe lo siguiente: “cuando suena la campana, todas las ilusiones se convierten en mariposas perseguidas por lanzas de fuego. Pueden caer una a una o posarse en la rosa del triunfo”(23). Esta referencia del periodista tiene la intención de adornar levemente la reseña del hecho deportivo.

Un enfoque cercano: La crítica sociológica

Aunque el objetivo primordial de este trabajo no es aplicar una teoría literaria específica para demostrar la recurrencia del deporte en la literatura, podríamos decir por lo antes señalado en cuanto al mito, la literatura y el contexto social, que el enfoque al que más se acerca esta investigación es al de la crítica sociológica, sobre todo si partimos de la convicción de que las relaciones entre arte (literatura) y sociedad son de una importancia vital, y que las investigaciones de esta relaciones puede organizar y hacer más profunda la propia respuesta estética ante una obra de arte.

El arte no se crea en el vacío; no es simplemente la creación de una persona, sino de un autor situado en el espacio y en el tiempo, y que responde a una comunidad de la que es parte importante, pues está dotado de la capacidad de expresión. Por lo tanto,

la crítica sociológica está interesada en comprender el método social y modo y grado en el que el escritor reacciona ante el mundo.

Estudiosos como Wilson, Vico, Marx y Engels, entre otros contemporáneos, le dieron una gran importancia al aspecto social y sus relaciones, pero fue el francés Taine, quien la llevó a su máxima explicación con su famosa afirmación de que la literatura es la consecuencia del momento, la raza y el medio; como puede constatarse en el texto Principios de Crítica Literaria de Wilbur Scott, (1974).

Es casi irrefutable entonces que esta perspectiva es aplicable al fenómeno de la presencia del tema deportivo en las grandes obras y autores. Pues el deporte como actividad sumamente importante compenetrada con la vida, la cultura y la sociedad no podía quedar fuera de tales consideraciones. Un ejemplo de suficiente fuerza argumental es que, según Taine, no se podría estudiar la épica homérica, sin darle trascendencia a la época en la cual vivió el poeta.

Todo esto revela entonces, que estando el deporte presente en los más remotos orígenes de la humanidad, con sus rituales y pasiones, tendría que ser tomado en cuenta por los artistas, no sólo en el campo de las letras, sino también en el campo de la música y las artes plásticas, como incluso se expresa en las pinturas rupestres. Expresión que se extenderá aún más, en la medida en que el deporte sigue teniendo mayor incidencia en la sociedad, impulsado por la masificación a través de los medios de comunicación y el interés que despierta, entre otras cosas, como generador de grandes sumas de dinero.

Será en el último capítulo donde abordaremos la novela en su relación con la tragedia griega, lo que propiciará el sondeo profundo del aspecto anterior, aunque repetimos, esto pudiera quedar demostrado casi implícitamente con el análisis y la enumeración que a manera de antología haremos de las obras y los autores más

importantes que en diferentes épocas han abordado el tema deportivo en su intención literaria, tanto en el mundo como en Venezuela.

ANÁLISIS DE LOS TEXTOS

LA ILÍADA

Para cumplir con uno de los propósitos de esta investigación, que es ir directamente a la fuente de la información, citando y analizando los textos más importantes que en distintos géneros literarios han tenido al deporte como un tema recurrente; resulta indispensable comenzar atendiendo a La Ilíada en cuyo contenido, como señalábamos anteriormente, se encuentran una extensa cantidad de líneas en las que Homero describe elocuentemente los acontecimientos deportivos que trascienden de manera importante en el contenido y la estructura del texto, y que el poeta griego destaca en el Canto XXIII, a lo largo de 640 versos entre los cuales se relatan las competencias funerarias que organiza el héroe Aquiles para honrar la memoria de su amigo Patroclo muerto a manos del troyano Héctor:

Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, formando un gran circo, y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieron en los juegos, calderas, trípodes, caballos mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura y luciente hierro”. (...) Empezó exponiendo los premios destinados a los veloces aurigas: el que primero llegara se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asas de veintidós medidas; para el segundo ofreció un yegua de seis años, indómita que llevaba en su vientre un feto de mulo, para el tercero una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente aún, cuya capacidad era de cuatro medidas, para el cuarto dos talentos de oro, y para el quinto un vaso con dos asas no puesto al fuego todavía. (1999: 477- 478).

De de lo ritual-lúdico a lo utilitario-mercantil

Encontramos dos visiones del deporte claramente definidas que tenía la sociedad griega: por un lado el aspecto religioso del deporte al ser parte de un rito a través del cual se podía rendir homenaje a un héroe que encontraba la muerte como en el caso de Patroclo. Por el otro, la corriente “laica” que ve al deporte como placer de competición, que sirve para mostrar las virtudes y habilidades físicas del hombre. Es curioso notar que ya en estas narraciones se perfila el deporte no simplemente como un pasatiempo lúdico y recreativo donde lo importante es hacer deporte por el deporte mismo, sino que además se asoma su práctica como una actividad mercantilista en la que los atletas obtenían ganancias de su participación, lo que a todas luces desmitifica la supuesta tradición de pureza o amateurismo de las Olimpiadas. Calderas, trípodes, caballos, bueyes y hasta mujeres eran entregados como recompensa a los vencedores, premios que para efecto de la sociedad actual se traducirían simbólicamente en dinero, lo que para la época no había aparecido como objeto de intercambio mercantil.

Propósitos, tecnología y sociedad para el hacer competitivo

La meta de ahora es muy fácil de conocer y voy a indicártelo para que no dejes de verla. Un tronco seco de encina o de pino que la lluvia no ha podrido aún, sobresale a un codo de la tierra: encuéntrense a uno y al otro lado del mismo cuando el camino acaba, sendas piedras blancas y luego el terreno es llano por todas partes y propio para las carreras de carros: el tronco debe haber pertenecido a la tumba de un hombre que ha tiempo murió , o fue puesto como mojón por los antiguos , y ahora el divino Aquiles, el de los pies ligeros, lo ha elegido por meta” . (...) Morriones fue el quinto en aparejar los caballos de hermoso pelo. Subieron los aurigas a los carros y echaron

suerte en un casco que agitaba Aquiles. Salió primero la de Antipoco Néstor ida, después la del rey Emeló; luego, la de Menelao Atrida, famoso por su lanza; en seguida, la de Meriones y, por último, la del Tidida, que era el más ágil. Pusiéronse en fila, y Aquileo les indicó la meta a lo lejos, en el terreno llano, y encargó a Fénix, escudero de su padre, que se sentara cerca de aquélla como observador de la carrera, a fin de qué, reteniendo en la memoria cuanto ocurriese les dijese luego la verdad. (1999: 481-482).

Atentos a la excelente descripción que hace Homero en los párrafos anteriores es fácil percatarnos de la similitud entre esas antiguas carreras de carro y las de Fórmula Uno, que actualmente podemos observar desde en una cómoda butaca frente al televisor. Los competidores de entonces eran colocados tal cual hoy en día, en posiciones de salida (pole position), tenían una meta establecida y contaban con la figura del juez quien se presenta como la única autoridad que certifica las posiciones de llegada, y por supuesto, la del carro ganador. La diferencia puede radicar en la apariencia y fuerza de los otrora caballos (inicialmente, bestias de carga) que son suplantados por los caballos (como unidades de fuerza) de los potentes motores de las compañías Ferrari o Mc Laren; además los agitados caminos que hoy se representan en modernas pistas de asfalto que lucen los llamados autódromos o circuitos.

Con algunas marcadas diferencias producidas a partir de los avances científicos y tecnológicos, el propósito esencial de ambas carreras es el mismo a pesar del paso de los años. De allí que pudiéramos afirmar haciendo un claro paralelismo, que en las crónicas que acabamos de leer está el surgimiento de una competencia milenaria que mucho más tarde se transformó en las muy populares carreras de automovilismo que conocemos en la actualidad.

Otro aspecto importante para destacar es el que tiene que ver con los equipos o grupos de hombres conformados para echar a andar los caballos y trabajar las técnicas que asegurasen el triunfo. Esos equipos serían los que ahora en el lenguaje del automovilismo se conocen con el nombre de “escuderías”.

El Tidida guió los solípedos caballos, desviándolos un poco, y se adelantó un gran espacio a todos los demás; porque Atenea dio vigor a sus corceles y le concedió a él la gloria de triunfo. Seguíanle el rubio Menélaos Atrida. E inmediato a él iba Antíloco, que animaba a los caballos de su padre. -Corred y alargad el paso cuánto podáis: No os mando que compitéis con aquéllos, con los caballos del aguerrido Tidida, a los cuales Atenea dio ligereza concediéndole a él la gloria del triunfo. Más alcanzad pronto a los corceles del Atrida y no os quedéis rezagados para que no os avergüence Eta con ser hembra ¿Porqué os atrasáis, excelentes caballos? Lo que os voy a decir se cumplirá: se acabarán para vosotros los cuidados en el palacio de Nestor, pastor de hombres, y éste os matará en seguida con el agudo bronce si por vuestra desidia nos llevamos el peor premio. Seguid y apresuraos cuanto podáis. Y yo pensaré cómo, valiéndome de la astucia, me adelanto en el lugar donde se estrecha el camino, no se me escapará la ocasión. (1999:483)

La estrategia, la utilización de la técnica y la sagacidad de los competidores son otros de los rasgos característicos más importantes del deporte, estos aspectos que en la actualidad se han venido perfeccionando con el avasallante desarrollo de la ciencia y la tecnología aplicada al deporte, aparecen especificados en las crónicas homéricas como lo percibimos claramente en los párrafos anteriores. La estrategia que es ordenada por el “director técnico” o “entrenador”, debe ser perfectamente acatada por los atletas, ya que del fiel cumplimiento de la misma depende, en gran parte, el triunfo o la derrota. La estrategia de la carrera, o de cualquier otra disciplina, según la efectividad con que se trasmita a los competidores, forma parte de un acondicionamiento psicológico que permite mejorar el ánimo y el rendimiento de los

atletas. Por su importancia es preparada, configurada y ensayada minuciosamente días, meses y hasta años antes de iniciarse la competición.

La intervención de lo sobrenatural y la victoria

El anterior relato deja clara la intervención que de los dioses en el resultado de las carreras “No os mando que compitáis con aquéllos, con los caballos del aguerrido Tidida, a los cuales Atenea dio ligereza concediéndole la gloria del triunfo” (1999:483), práctica que por cierto no es ajena a la actualidad deportiva; así como los antiguos atletas pedían la ayuda de los dioses (Zeus y Atenea, entre otros) para conseguir sus propósitos, en la actualidad no solo se obra igual, sino que parece tener arraigo esa conducta religiosa que en muchos casos se observa como supersticiosa en los deportistas.

Es sabido que muchos competidores se encomiendan a seres sobrenaturales y recurren a actos de hechicería para lograr la victoria: desde ingresar con el pie derecho a un estadio, pasando por encender velas a los santos o enterrar una gallina en el campo de juego para limitar las posibilidades del adversario, como hacen algunos equipos de fútbol en Brasil. Todos son ejemplos suficientemente documentados, y la práctica se extiende, ya que dicha conducta parece formar parte esencial de la condición humana.

Dioses, mitos y nuevos ídolos en el deporte

Es tradición milenaria en el deporte rendir tributo a las glorias del pasado, hecho que se va transmitiendo de generación a generación y va adquiriendo características de mayor relevancia con el transcurrir de los siglos. Lo que permite que las figuras del deporte se mantengan en la memoria del colectivo y sirvan de ejemplo para los más jóvenes. Esta situación, que también forma parte de la cultura general de las

sociedades modernas, no se ha perdido y es lo que conlleva a que las referencias en torno a esos héroes permanezcan indelebles en las comunidades. Así como en la antigüedad griega se le rendía culto a esas figuras hasta llegar a ser mitificadas como dioses del Olimpo, no resulta extraño que hoy en día, más aún con la influencia determinante de los medios de comunicación y la publicidad, las hazañas de leyendas como el emblemático rey del fútbol Edson Arantes Do Nascimento “Pelé” o el renombrado boxeador norteamericano Mohammad Ali, cada día se agiganten y pasen ellos mismos a ser considerados hombres superiores, tal como también es propio en otras áreas de la cultura como el arte, la historia o la filosofía.

Toma anciano; sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo, a quien no volverás a ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte ni en el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera; que ya te abruma la vejez penosa. Así diciendo, se lo puso en las manos. Néstor recibiólo con alegría, y respondió con estas aladas palabras: -Sí, hijo oportuno es cuanto acabas de decir: Ya mis miembros no tienen el vigor de antes; ni mis pies, ni mis brazos se mueven ágiles, a partir de los hombros. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando los egeos enterraron en Buprasio al poderoso Amarinceo y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que debería celebrarse en honor al rey. (1999: 488-489).

LA ODISEA

Además de la obra que acabamos de abordar, este famoso texto autoría de Homero, es considerado por algunos historiadores de la literatura universal como de menor rango frente al primero. En este se hace referencia a los juegos como parte importante en el mundo de la civilización occidental, como sucede en el Canto VIII.

Habilidad y honor: Ulises maestro del deporte

Cuando Ulises se encuentra en el sui géneris país de los feacios queda triste al escuchar al cantor Demódoco relatar los acontecimientos de Troya en los que él ha participado y en los que Alcinoos, rey de los feacios, dispone celebrar unas competiciones (salto de longitud, lanzamientos de discos, juegos de pelota, carrera pedestre) para consolar a su huésped y en las que también los asistentes deberían participar con entusiasmo. Dice Alcinoos:

¡Oídmme príncipes, y capitanes feacios! Puesto que ya hemos gozado bastante de la mesa y de la lira que tiene su puesto en los más grandes banquetes, creo llegado el momento de salir y ejercitarnos en los juegos a fin de que nuestro huésped (Ulises) de regreso en su patria, pueda decir a sus compatriotas que los feacios no tenemos rival en el pugilismo, en la lucha, en el salto y en la carrera. (1981:168)

Cuando todos hubieron disfrutado del placer de los juegos fue el propio Laodamante quien propuso a los participantes:

Ahora queridos amigos, preguntemos a nuestro huésped si conoce y práctica algún juego ¿No veis su aspecto? ¡Sus brazos, sus piernas, su cuello musculoso, su amplio tórax son recios, y todavía parece joven, aunque sus sufrimientos le hayan quebrantado! ¡Creedme que nada hay peor que el mar para abatir al hombre más vigoroso (1981:169)

El ingenioso Ulises dio esta respuesta:

¿Por qué, Laodamante, quieres burlarte de mí? Si mi corazón se entrega más a la pena que a los juegos es debido a lo mucho que he padecido ¡En vuestra asamblea, en la que me ven sentado, no tengo más que un pensamiento: implorar del rey y del pueblo mi regreso... (1981:169 y 170)

Estos versos ilustran cómo para los griegos no solamente era honroso ser un guerrero hábil y valiente, sino tener la capacidad de mostrar esas habilidades en la competición deportiva (“No hay gloria mayor en esta vida para un hombre que saber utilizar los brazos y las piernas”), por ello Laodamante increpa a Ulises, a pesar de estar viejo y desanimado por los sufrimientos que le ha causado la travesía y el hecho de estar lejos de Itaca, a demostrar que también es capaz de vencer en las pruebas deportivas, lo que para Ulises significó uno de los tantos desafíos que debería cumplir para conservar el título de héroe bien ganando en las tantas batallas que había librado y dejar constancia de su linaje. Es cuando esto ocurre que nuestro personaje principal asume el reto y alecciona a quienes insinúan su desgaste moral y físico con una gran demostración de coraje y habilidad en los distintos juegos en lo que le obligaron a participar para no quedar desprestigiado ante los presentes. No sin antes lanzar un discurso ejemplarizante en torno a lo que significa el deporte en la educación integral del hombre.

En el relato queda claro el significado de la máxima “mens sana in corpore sano” que a pesar de haberse convertido en un lugar común sigue estando presente como una prueba fehaciente que desdice del aparente enfrentamiento entre deporte y cultura, intelectuales y deportistas. Ulises responde:

¡Has hablado como un loco mancebo. Bien sé que los dioses casi nunca reúnen todo sus dones, hermosura, razón y elocuencia en un solo hombre. Unos han recibido del cielo una mediocre figura, pero sus discursos están tan llenos de belleza que encantan a todos: su palabra certera, su discreción pulida los destacan entre la multitud y cuando caminan por las calles, se les considera como a un dios... Otros, en cambio, tienen una hermosura divina, pero al hablar carecen completamente de gracia... (1981:169-170).

LA ENEIDA

Entre los años 70 y 10 aC. se ubica la fecha en la que los historiadores estiman transcurrió la existencia de Virgilio. La Eneida, es un poema dividido en doce libros que cuenta las hazañas de Eneas, héroe troyano, hijo de Anquises y de la diosa Venus, a quien el destino alejó de su patria y llevó a Italia, desembarcando en Lamento, donde luego fundó una ciudad a la que trasladó a sus dioses y que fue cuna de la raza latina, incluyendo luego la propia Roma.

Este maravilloso poema se compone imitando la estructura de los poemas homéricos, además de contar el amor, el abandono, la desesperación y la muerte de la reina Dido, también describe en sus páginas, especialmente en el libro V, los juegos que Eneas celebra en el aniversario de la muerte de su padre Anquises.

La Eneida ha tenido enorme influencia en la literatura posterior, como lo demuestra Dante al escoger a Virgilio como guía para escribir La Divina Comedia. Se une a La Ilíada y a La Odisea como texto clásico de inestimable valor en el que el deporte también está presente de manera determinante en el contenido y la trama de la obra. Dice Eneas:

“Ea, pues, celebremos todos juntos alegre y solemne fiesta; pidámosle vientos y que quiera que en ciudad por mi fundada y en templos dedicados a él, yo le ofrezca estas anuas y sagradas honras. Acestes, hijo de Troya, os da dos bueyes para cada nave; invitad al festín los penates patrios y los que venera Acestes, que nos hospeda. Además, cuando la novena Aurora, traiga a los mortales la luz vital del día y haya desnudado al mundo con sus rayos, propondré a los troyanos un primer certamen para el más rápido navío; y aquel que es ágil para la carrera, y aquel que es fuerte y es audaz, y es el mejor en lanzar venablos y saetas leves, o se aventura a combatir con el duro cesto, estén todos presentes y espere el premio de bien ganada palma. Ahora, guardad todos silencio reverente y ceñid vuestras sienes con ramaje “ (1988:144).

De las carreras a otros deportes

A diferencia de La Ilíada, en la cual el deporte de mayor relevancia es la carrera de carros, en la Eneida la mayor cantidad de páginas están dedicadas a la narración del deporte de la navegación, que mucho más tarde derivaría en lo que se conoce hoy en día como canotaje. Después de los versos de La Eneida el testimonio más antiguo que representa una canoa y una pala es el hallazgo del arqueólogo inglés Sir Leonard Wooley realizado seis mil años atrás en la tumba de un rey sumerio a orillas del Éufrates. Sin embargo resulta muy difícil precisar el origen del instrumento, dado que comunidades de todas partes del globo construyeron una gran variedad de embarcaciones, desde el tronco de madera ahuecado de los indios de América hasta el kayak de los esquimales. La canoa es popularizada por el inglés John MacBride quien fabricó un tipo denominado “Rod Roy” en la que realizó travesías por Europa, Escandinavia y Tierra Santa. Este deporte aparece en los Juegos Olímpicos de París en 1924 sólo como exhibición, siendo hasta 1936 cuando es oficializado como deporte olímpico.

En La Eneida, Virgilio pone en evidencia su capacidad de narrador utilizando con verdadera maestría un lenguaje fluido lleno de recursos literarios y de descripciones que captan de inmediato la atención de quienes flotan y se sumergen en sus letras. Estas emblemáticas crónicas de Virgilio indudablemente que marcan los orígenes más remotos del canotaje como disciplina deportiva:

El ansia dudosa y palpitante y el deseo de gloria enardecido batan sus exultantes corazones. De allí, luego que el claro clarín, dio la señal, todos a una, impetuosamente, lanzáronse de sus sitios; el clamor de los nautas rompe los aires, espumea el mar revuelto al impulso de los brazos; hienden paralelos surcos y se agrieta todo el piélago desagarrado por remos y proas tridentadas. (...) Lánzase antes que los otros y rae las primeras olas, entre el murmullo de la turba, Gías, a quien

sigue Cloanto, mejor de remos, pero de nave más pesada y tardía. En pos de éstos, y a distancia igual, Pristis, y Centauro, tienden a ganar el lugar primero, y ora es Pristis quien lo tiene, ora la gigante Centauro la deja atrás vencida, ora ambas a dos avanzan con las proas a la par, y con sus largas quillas en el salado mar abren surcos iguales. Y ya se acercaban al risco y estaban al alcance de la meta cuando Gías, que iba a la delantera y que en medio del mar aparecía vencedor, a voz en grito increpa a Menetes timonel de su nave: “¿Por qué te me alejas tanto a la derecha? ¡Acá dirige el curso! No te me alejes de la playa y deja que los remos rocen los escollos a tu izquierda; a otros, la alta mar! (1988:147-148).

A la par de las competencias en el mar, también se reseñan en La Eneida otras disciplinas como las carreras, que se conocen en el ámbito del deporte moderno como el atletismo, que es considerado como la forma organizada más antigua del deporte y que viene celebrándose desde hace miles de años, especialmente en lo que respecta a la modalidad del Pentatlón, que comprendía el lanzamiento de disco (representado en la famosa escultura “El Discóbolo” de Mirón), jabalina, carreras pedestres, lucha libre y salto de longitud.

El atletismo, que ha sido la prueba de mayor tradición desde los Juegos Olímpicos celebrados en Grecia en el año 776 aC, continuó su popularidad incluso después de que los romanos conquistaron esta última nación en el 146 aC y luego de que el emperador romano Teodosio aboliera los juegos. El atletismo permaneció fuera de competencias oficiales por lo menos a lo largo de ocho siglos. Para 1913, años después de que este deporte volviera a los juegos modernos organizados por Atenas en 1896, se funda con sede en Londres la Federación Internacional de Atletismo (IAAF) rectora de todas las competencias a escala internacional.

Toman los corredores su lugar, y, la señal oída repentinamente dejan la barrera y devoran el espacio, incoercibles, parejos al huracán, y en competencia tienden a la meta. Sale el primero, Niso, y, largo trecho delante de los otros, salta ardiente, veloz, más que el viento y que las alas del rayo. Próximo a él, pero próximo a distancia larga, Salio le sigue, y a su zaga, con mucho espacio interpuesto, corre Urialo, el tercero. (1988: 154)

Es también en La Eneida donde se habla de otros deportes. Es el caso de la lucha, que data, incluso de tiempos prehistóricos:

Después que hubo puesto fin a las carreras y distribuido los premios: “Ahora, si en alguien hay virtud, y corazón valiente, salga y levante las manos ceñidas con el cesto”. Así dice, y propone un doble premio de la lucha: al vencedor, un becerro adornado de oro, y al vencido, para su consuelo, una espada y un vistoso yelmo. No hay tardanza, Muestra en seguida Dares su rostro y sus vastas fuerzas, y levántase entre los rumores de los héroes, el único que acostumbraba a contender con Paris: el mismo que derribó, como herido de un rayo, cabe el túmulo donde yace el máximo Héctor, al invicto Buten de enorme corpulencia, que se decía descendiente del linaje bebrico de Amico; le derribó y dejole tendido y moribundo en la rubia arena. Tal Dares se levantó el primero e irguió para la lucha su cabeza, y ostenta sus anchos hombros, y hace jactancia de sus brazos, extendiéndolos alternativamente y azota los vientos con sus golpes. (1988: 156)

El tiro con arco, deporte que no es reseñado en las crónicas de La Ilíada ni La Odisea, esta vez sí forma parte de las narraciones que el poeta Virgilio recoge en este V libro, donde Eneas celebra los juegos para honrar la memoria de su padre:

Y en seguida. Eneas invita a competir en la veloz saeta a los que por ventura quieran, y les asigna premios, y con poderosa mano levanta el mástil de la nave Seresto, y en

lo más alto de él ata con una cuerda una veloz paloma, a donde dirijan las flechas. Júntanse todos, y un casco de bronce recibe sus nombres, para sacarlos a la suerte. Y el primero que sale, entre murmullos de favor, es el nombre de Hipocoonte Hirtácida y a él le sigue Menesteo, recién vencedor en el certamen naval; Menester, coronado de verde olivo. (1988:161)

El hipismo, o las carreras de caballo, también son descritas genialmente en este importante texto clásico del bardo latino, que ejerce un alucinante poder descriptivo por intermedio de imágenes, sonidos, colores y emociones que seguramente han dejado sensibilizado y sorprendido, o más “con la boca abierta” a muchos lectores, y, entre otros, a ese empedernido amante del galope como es el filósofo español Fernando Savater, quien en algunas de sus letras ha dejado constancia de su amor por el mítico animal:

Con menos vehemencia invaden el campo los carros en las carreras de bigas lanzándose desde el puesto de salida, ni , sacudiendo las riendas ondeantes sobre el tiro de corceles que sale impetuoso, se inclinan tanto hacia delante los aurigas para azotarles. Resuena entonces todo el bosque con los vitores, según su preferencia; por las ceñidas riberas rueda la gran voz, los montes, estremecidos del clamor, responden. (1988: 147 y 148).

Argumento y evidencia del deporte en la literatura: El Popol Vuh

Las citas antes hechas de La Ilíada, La Odisea y La Eneida se convierten en evidencia para argumentar cómo para el siglo VII aC, (época en la que según los historiadores aparecen los textos de Homero), ya el deporte estaba presente en el ámbito de la literatura, lo que sin duda nos abre un camino iluminado para avanzar en este recorrido a través de las obras y autores que han dedicado sus mejores letras para

resaltar al deporte desde su más remotos orígenes como una manifestación social de la cultura.

Bellas metáforas, emocionantes descripciones y todo tipo de recursos literarios siguen navegando en ese extenso mar que es el espacio ficticio y real de la literatura. Sería un pecado imperdonable que en este recorrido excluyéramos al Popol Vuh, aún más cuando hablamos de mitología. De este texto se ignora el nombre del autor y que fue encontrado a principios del siglo XVIII por Fray Francisco Ximénez en la comunidad de los indígenas de Chichicastenango, en donde se refiere el origen del mundo y de los pueblos auténticos de América.

En él se distinguen, entre otras cosas, la creación y el origen del hombre, las aventuras de los jóvenes y semidioses de Ixbalanqué y Hunahpú, y un conjunto de informaciones que se relacionan con el nacimiento de los pueblos de Guatemala, las guerras, las emigraciones y hasta las actividades recreativas como el juego de pelotas:

... Luego los mandaron a llamar todos los señores.

-¡Ea! ¡Vamos a jugar a la pelota, muchachos! , les dijeron. Al mismo tiempo fueron interrogados por Hun- Carné y Vucub- Camé.

- ¿De dónde venís? ¡Contádnos muchachos! Les dijeron los de Xibalbá.

- ¡Quién sabe de dónde venimos nosotros. Lo ignoramos, dijeron únicamente y no hablaron más.

- Está bien. Vamos a jugar a la pelota muchachos, le dijeron los de Xibalbá.

- Usaremos esta nuestra pelota, dijeron los de Xibalbá.

- Bueno, contestaron.

-Usaremos esta nuestra pelota, dijeron los de Xibalbá

- De ninguna manera usaréis ésta, sino la nuestra contestaron los muchachos...”.

(1969: 76-77).

EXPRESIÓN SOCIAL DE LA CULTURA

Como un aporte más, para seguir indagando en ese mundo de metáforas, es que adelante nombraremos parte de algunos otros textos clásicos y contemporáneos que fueron recopilados por el profesor Antonio Hernández Mendo (2003), quien se desempeña como jefe del Departamento de Psicología Social y de la Personalidad de la Universidad de Málaga, quien en una investigación, sin mayor exhaustividad, como el mismo aclara, toma referencias antropológicas de importantes estudiosos de la cultura para testificar las afinidades entre el deporte y la literatura y, a partir de allí, mostrar ejemplos con trabajos de incalculable valor referencial entre los que se encuentran nombres de Píndaro, Luis de Góngora, Dickens, Kipling, Miguel Hernández, Rafael Alberti, y Rubén Darío.

De Maslow a Ortega y Gasset: necesidades y expresión de vida

Hernández Mendo, cita en la introducción como primero a Abraham Maslow, destacado investigador del campo de la psicología para quien el origen de la cultura se situaba en el punto mismo en que las necesidades primarias estaban cubiertas, surgiendo de esa forma el deporte como una expresión social de la cultura. En segundo lugar refiere al filósofo español Ortega y Gasset, quien señala al deporte como la primera manifestación espontánea del hombre en sus orígenes. Manifiesta Hernández Mendo, tomando textualmente las palabras de Ortega y Gasset que:

“...todos los actos utilitarios y adaptativos, todo lo que es reacción a premiosas necesidades, son vida secundaria. La actividad original y primera de la vida es siempre espontánea, lujosa, de intención superflua, es libre de expansión de una energía preexistente (...) esto nos llevará a transmutar la inveterada jerarquía y considerar la actividad deportiva como la primaria y creadora, cómo la más elevada,

sería e importante en la vida, y la actividad laboriosa como derivada de aquella, como una mera decantación. Es más, vida propiamente hablando es sólo la de cariz deportivo, lo otro es relativamente mecanización y mero funcionamiento” (en Hernández Mendo, 2003:145)

A raíz de la consideración esgrimida por el filósofo español, señala Hernández Mendo, que la actividad deportiva ha estado ligada a los orígenes y la supervivencia del hombre, agregando que el hombre primitivo corría para huir, utilizaba la lanza (jabalina), cazaba con tiro con arco y saltaba ríos. Enfatiza que en varios trabajos se han encontrado los inicios del fútbol y del voleibol en las culturas precolombinas y que la propia etimología de las palabras del deporte y la gimnasia (en la Grecia Clásica) ha estado vinculada a todo tipo de manifestaciones culturales.

En esos textos clásicos reunidos por Hernández Mendo se encuentran claras referencias a los juegos de pelota y sus inicios, así como al origen de la pelota misma. Todas estas señales debido, quizás a que el gimnasio en la cultura clásica, helénica y romana, era un lugar de encuentro y centro de cultura. En el gimnasio se enseñaba a manejar las armas, se ejercitaba en competiciones de lucha, de carreras; era sede de las cofradías religiosas y lugar donde se impartía la educación literaria y musical. El mismo contaba con una sala de conferencias, vestuarios, baños, paseos, jardines, con arena y una biblioteca, que estaba dirigido por un gimnasiarca que se ocupaba del mantenimiento de las instalaciones, de la remuneración de los profesores y de su financiación a través de la figura del mecenas.

El Movimiento futurista y la vanguardia

También señala textos contemporáneos aparecidos a finales del siglo XIX y XX, en los que se hace especial énfasis en el movimiento Futurista, que se da a conocer

oficialmente con el Manifiesto Futurista de Filippo Tommaso Marinetti y que salió a la luz pública el 20 de febrero de 1909 en el diario francés Le Fígaro. Al respecto señalan críticos como Lynton (1998), que este es estrictamente el único movimiento de vanguardia en el arte del siglo XX. Un ejemplo de ello es el poema de Rafael Alberti, “Platko”, que transgrede las características esenciales de la poesía clásica. Algunos de estos textos cortos los encontrarán en los anexos de esta investigación. Sólo transcribiremos algunas estrofas de Platko:

(Santander 20 de mayo de 1928)

A José Samitier, capitán
Nadie se olvida, Platko,
No, nadie, nadie, nadie,
Oso rubio de Hungría

Ni el mar,
Que frente a ti saltaba sin poder defenderte.
Ni la lluvia. Ni el viento que era el que más regía.

Ni el mar, ni el viento, Platko,
Rubio Platko de sangre
Gurdameta en el polvo,
Pararrayos.
No, nadie, nadie, nadie,
Camisetas azules y blancas, sobre el aire,
Camisetas reales,
Contrarias, contra ti, volando y arrastrándote,
Platko, Platko, lejano,
Rubio Platko, tronchado,
Tigre ardiendo en la yerba de otro país. ¡Tu llave,
Platko, tu llave rota,

Llave caída ante el pórtico áureo!

OTROS TEXTOS CLÁSICOS Y CONTEMPORÁNEOS

Además de los textos clásicos a los cuales hicimos referencia, existe una cantidad de obras escritas por autores diversos, tanto como sus géneros literarios, que también son relevantes y los que nos disponemos a comentar al menos de forma general. Lo que por supuesto no quiere decir, como apuntábamos en los primeros párrafos, que haya sido muy fructífera la producción en la que el deporte aparezca como tema recurrente en la literatura universal, ya que, comparada con otras experiencias humanas, la deportiva es quizás la que menos ha tenido presencia en la narrativa, el ensayo literario o la poesía. Más bien lo evidente es un marcado divorcio entre el deporte y los escritores, divorcio que por supuesto luego de los argumentos hasta aquí mostrados queda carente de sentido.

Un caso conocido de ese distanciamiento, es por ejemplo el de Jorge Luis Borges, quien en un gesto de exquisita ironía (para la cual el escritor porteño no necesitaba mayores esfuerzos) convocó a sus pares argentinos, furibundos amantes del balompié, a una conferencia sobre la inmortalidad del alma, justo el mismo día y la misma hora en la que la selección albiceleste se disponía a debutar en el Mundial Argentina 78. Desplantes que no quedaron hasta allí sino que fueron un poco más allá, cuando en alguna oportunidad el autor del Aleph dijo no entender cómo la gente se entretenía viendo a veintidós estúpidos corriendo detrás de una pelota y –para aderezo del comentario- que, “resulta increíble que en una cultura que se desarrolló con juegos como el ajedrez hubiera degenerado en juegos tan vulgares como el fútbol”.

A Borges, hombre que se burlaba de todo lo que le olía a supersticiones populares como el peronismo y el gardelismo, le acompañó el italiano Humberto Eco, el autor de El nombre de la rosa, quien reniega manifestando que:

“...el fútbol es una de las supersticiones religiosas más extendidas de nuestro tiempo. Podríamos decir ahora que es el verdadero opio de los pueblos. Por mi parte yo estoy muy contento porque cada vez que juega la selección italiana, me voy a dar unos paseos magníficos por las calles desiertas de Bolonia”. (Eco, 2003. El Clarín).

El fenómeno deportivo entre medios y artistas

Pero a pesar de las opiniones de Borges, Eco y de otros escritores, las diferencias entre una actividad y otra se han venido saldando poco a poco a medida que ha pasado el tiempo, sobre todo a partir de la trascendencia que cada día adquiere el deporte como fenómeno social en el campo de la sociología, la antropología, la economía y la política. Este fenómeno aumenta su importancia con la influencia de los medios masivos de comunicación, especialmente de la radio y la televisión y no pasa desapercibido en la comunidad de escritores, quienes de una u otra manera han hecho un intento por animar parte de esa realidad a través de sus creaciones literarias.

Ya antes de su popularidad, muchos artistas habían sido apasionados del deporte y éste, en unas épocas y tendencias más que en otras, en unos autores más que en otros, ha figurado en temas y expresiones artísticas diversas. Desde la Antigua Grecia, cuando aparece el famoso Discóbolo de Mirón, o el Apoxiómeno de Lisipo, -que representa a un atleta en labores de higiene luego de una competencia- hasta nuestros días, no han dejado de mostrarse las hazañas de los héroes en el deporte.

Los futuristas, seguidores de Marinetti, señalaban al deporte como una de las más nobles actividades que podía practicar el ser humano. Lord Byron, prototipo del poeta romántico, fue un destacado boxeador y algunos de los beatniks norteamericanos, en concreto Dean Moriarty, el personaje principal de “On The Road” de Jack Kerouac, se divertía practicando alpinismo. Otro ejemplo lo constituyen los

poetas de la generación española del 27, equivalente a la generación del 28 venezolana: fueron fanáticos del deporte y en consecuencia llevaron esa pasión a la poesía.

No en vano acabamos de presentar en este trabajo el poema de Rafael Alberti, “Platko” dedicado al portero del equipo Barcelona Futbol Club, un jugador de gran carisma y personalidad que se convirtió en fuente de inspiración para el poeta catalán y a quien Alberti le dedicó unos de sus poemas más conocidos inspirado en la actuación del futbolista en la final de la Copa de 1928 en un partido contra la Real Sociedad en el que Platko sufrió una herida en la cabeza durante el primer tiempo del juego y a pesar de tenerla vendada, el húngaro, haciendo caso omiso a los consejos del médico, cumplió una brillante actuación que hizo crecer su leyenda a partir de entonces.

Otros datos relacionados con los escritores españoles advierten, por ejemplo, que el afamado Luis Buñuel practicaba el boxeo y el tenis y que Rafael María Hinojosa, también se divertía con la raqueta. Que Pedro Salinas fue remero, Rafael Porlán futbolista y Concha Méndez llegó a ser campeona de natación.

Historia de un leve movimiento literario

Si bien es cierto que algunos fragmentos de La Ilíada, La Odisea y La Eneida, así como las Odas Triunfales de Píndaro y otros textos, constituyen puntos de referencias imprescindibles para indagar acerca de los primeros nexos de la creación literaria y artística con la actividad deportiva; resulta atinado para este análisis mencionar dos acontecimientos históricos que desencadenaron a posteriori, -con muchos siglos de por medio-, lo que pudiéramos calificar de un leve movimiento literario en el subgénero de la “literatura deportiva”.

Por un lado, la influencia que alcanzó sobre los artistas en todo el mundo la primera Revolución Industrial. Permitió el uso más generalizado de las máquinas y hace que estos se acerquen a inventos como automóviles, bicicletas, aeroplanos y hasta barcos. Todos estos instrumentos estrechamente relacionados con la práctica deportiva. Por el otro, la flamante apertura de las olimpiadas del mundo moderno en 1896, que más adelante, gracias a los esfuerzos del barón Pierre de Coubertin, terminan incorporándose a otros sucesos de la vida cultural, que convierten al deporte no sólo en materia de creación literaria, sino incluso, en un estilo de vida para algunos de los escritores.

La influencia de las disciplinas deportivas sobre los artistas, muchas veces solapada ante la supuesta brusquedad y dureza de los juegos, frente a la belleza y la sensibilidad de la estética creadora, empieza a tener resonancia notable a partir de los años 20, ya que, como señala un estudioso del tema, el español Mesa Toré (1987), como cualquier otra actividad social, el deporte es fiel retrato de la época en la que se desarrolla. Mientras los autores de la generación del 27 representaron el deporte como “algo sensual y positivo, muy naif y con motivo de gozo”, en la época de la posguerra predominaron los textos sobre boxeo y deportes más rudos.

Insistimos en que es a cuenta gotas con relación a otros ámbitos de la cultura, que el tema deportivo ha sido abordado por los artistas de diferentes formas y en distintos géneros literarios. Así como una pequeña sociedad, un equipo de fútbol, ha servido para reflejar un suceso social, un crimen o una trama de amor. La vida de un boxeador ha ofrecido claves para la comprensión de las afinidades simbólicas entre el héroe triunfador y el héroe épico de la novela.

El deporte, como cualquier otra actividad cotidiana, tiene particularidades intrínsecas que han sido aprovechadas en el campo de las letras para recrear historias e incluso, para hacer reflexiones filosóficas como la del escritor francés Albert Camus

(1913-1960) quien dijo en una oportunidad con relación al fútbol, que aprendió que la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga y que eso le ayudó mucho en la vida, sobre todo en las grandes ciudades, donde la gente no suele ser siempre como se dice, derecha.

EL CUENTO: GÉNERO PREFERIDO POR EL DEPORTE

El relato, la crónica, la poesía y el cuento han sido los géneros preferidos por los escritores para narrar historias, en contraposición a un género de largo aliento como lo es la novela; lo que no quiere decir, por supuesto, que éste último haya quedado en el olvido. Así lo demuestra el escritor español Manuel Vázquez Montalbán con su obra *El delantero centro fue asesinado al atardecer*. Una extraordinaria novela donde se narra que el club más rico del mundo recibe en sus oficinas un anónimo en el que se amenaza de muerte al recién fichado delantero centro del equipo, Jack Mortimer. Los directivos del club contratan al detective Carvalho para que inicie la investigación haciéndose pasar por psicólogo para poder andar a sus anchas por el mundo deportivo sin levantar las sospechas de la prensa. Las pistas apuntan a un asunto de especulación inmobiliaria en el que están mezclados el presidente de un club de división regional y el delantero centro de su equipo, una vieja gloria venida a menos.

Sería necesario ser más riguroso para presentar resumidamente otros textos que han sido publicados en el género novelístico, pero lamentablemente eso nos ocasionaría un problema de tiempo y espacio que ahora no podemos resolver, sin embargo, de acuerdo a lo arqueos de fuentes y a las distintas lecturas realizadas hasta ahora, no nos queda ninguna duda para inferir que el cuento ha sido el género preferido para los escritores que se han interesado en el deporte como elemento fantástico. Bastaría con recordar las poquísimas antologías de cuentos que, sobre todo en la disciplina del fútbol, han venido apareciendo en Europa y América, especialmente en países como

España y Argentina. Entre ellas destacan: Cuentos de Fútbol (tomos I y II) de Jorge Valdano, Cuentos de fútbol argentino, de Roberto Fontanarrosa y relatos de algunos escritores importantes de la talla como de Julio Cortázar y Jorge Luis Borges.

La poesía también tiene ganado un espacio por la elocuencia y la expresividad que permite a través del manejo de los recursos literarios, los ambientes que crea y las imágenes a las que es capaz de remitir en pocas líneas. Sin embargo no llega a compararse con el cuento pues este ha sido privilegiado por algunos escritores, quizás por sus características esenciales, ya que el mismo tiene una definición formal muy justa y muy precisa, en la cual no debe haber abusos de los adjetivos y el lenguaje tiene que ser implacablemente justo. Lo contrario de la novela que permite bifurcaciones, desarrollos y digresiones.

La novela es un género mucho más peligroso que el cuento, porque facilita todas las disciplinas y todas las negligencias: es más abierto. El cuento por ser un texto continuo y cerrado, quizás sea el más adecuado para desarrollar, situaciones límites y de conflicto que se viven en el deporte, situaciones que son más visibles en el boxeo, que es un tema interesantísimo para cualquier escritor. Las vidas de los boxeadores siempre resultan muy duras y dramáticas como las peleas mismas, lo que indudablemente se puede expresar mejor en un cuento; en el que necesariamente hay que mantener siempre la intensidad, la tensión y la sorpresa.

El boxeo en Cortázar

Julio Cortázar (Bruselas 1914 – 1984), precisamente un estudioso del género cuento y uno de los más grandes innovadores de la literatura, inscripto en el llamado boom latinoamericano, deslumbrante por su fantasía y su revelación, se anota entre los pocos grandes escritores que han incursionado en la temática deportiva, dejándonos muestra de su afición por el pugilismo con el cuento “Torito” del libro Final del

juego y de una pequeña crónica titulada “El noble arte”, que aparece en La Vuelta al día en ochenta mundos.

En “Torito”, el único personaje de la narración es un boxeador solitario y enfermo, que delirando, en la cama de un hospital, expresa cómo se le va la vida, luego de una trágica pelea, recordando sus mejores momentos en el ring, la fama y el olvido. He aquí un fragmento:

“Qué le vas a hacer ñato cuando estás abajo todos te fajan. Todos, che, hasta el más maula. Te sacuden contra las sogas, te encajan la biaba. Andá, andá, que venís con consuelo vos. Te conozco mascarita. Cada vez que pienso en eso, salí de ahí, salí. Vos te crees que yo me desespero, lo que pasa es que no doy más aquí tumbado todo el día. Ducha que son largas las noches de invierno, te acordás del pibe del almacén cómo lo cantaba. Pucha que son largas...Y es así, ñato. Más largas que esperanza e’ pobre. Fíjate que yo a la noche casi no la conozco y venir a encontrarla ahora...Siempre a la cama temprano a las nueve o a las diez. El patrón me decía: “Pibe, andate al sobre, mañana hay que meterle duro y parejo”. Una noche que me le escapaba era una casualidad. El patrón...Y ahora todo el tiempo así, mirando al techo. Ahí tenés otra cosa que no sé hacer, mirar p’arriba. Todos dijeron que me hubiera convenido, que hice la gran mascarada de levantarme a los dos segundos, cabrero como la gran flauta. Tienen razón si me quedo hasta los ocho no me agarra tan mal el rubio (...) Y bueno, es así. Pa peor la tos. Después te vienen con el jarabe y los pinchazos. Pobre la hermana, el trabajo que le doy. Ni mear solo puedo (2003:160)

El autor de Rayuela, con el empleo del habla coloquial, usando los modismos propios del argentino de arrabal y con una utilización acertada del lenguaje boxístico introduce al lector en el drama del boxeador que prefiere la muerte a seguir delirando en una cama de hospital:

El patrón pensaba que le podía ganar por puntos, no te abrás mucho y no te cansés de entrada, mirá que aquel te va a boxear todo el tiempo. Y, claro, se me iba para todos lados, y después que yo no estaba bien, con la barra ahí y todo te juro que tenía un cansancio en el cuerpo... Como modorra, entendés, no te puedo explicar. A la mitad de la pelea la empecé a pasar mal, después no me acuerdo mucho. Mejor no acordarse, no te parece. Son cosas que para qué. Me quisiera olvidar de todo. Mejor dormirse, total aunque soñés con las peleas a veces le acertás una linda y la gozás de nuevo. Como cuando el príncipe, que plato. Pero mejor cuando nos soñás, pibe, y estás durmiendo que es un gusto, y no tosés ni nada, meta dormir nomás toda la noche dale que dale (2003:162)

Al final de *El noble arte*, crónica en la que Cortázar describe su experiencia de niño con la radio y con el boxeo, y en la que narra los episodios vividos en su casa natal durante la pelea entre el norteamericano Jack Dempsey y Angel Firpo, termina también haciendo alusión al cuento *Torito*:

Una noche me tocó involuntariamente dejar estupefacta a una señora que me preguntaba cuáles eran los grandes momentos del siglo XX que me había tocado vivir. Sin pensar, como siempre que voy a decir algo que está muy bien, contesté: “Señora, a mi me tocó asistir al nacimiento de la radio y a la muerte del box”, la señora, que usaba sombrero, pasó inmediatamente a hablar de Holderlin (...) En 1923 los argentinos escuchábamos en transmisión casi directa desde el Polo Grounds de New York, el relato del combate en que Jack Dempsey retuvo el campeonato mundial de peso pesado al poner fuera de combate a Luis Angel Firpo en el segundo round. Yo tenía nueve años, vivía en el pueblo de Banfield, y mi familia era la única del barrio que lucía un radio...

“(…) En 1952, una tarde de lluvia en mi piecita de París, todo eso se asomó en la memoria un poco como el cortejo de los dioses yéndose en el poema de Cavafis, con lágrimas de orgullo junto al rings de barrio, con noche de vicarias apoteosis. Fue como oler de nuevo la trementina de los linimentos, oír los anuncios rituales, todo desde tan lejos y yo mismo tan lejos en las últimas gradas del recuerdo. Entonces entre mate y mate, escribí Torito. (1967:124)

Los textos deportivos de Borges

Jorge Luis Borges, considerado por algunos, junto a Cervantes el más grande escritor en lengua española de todos los tiempos, argentino al igual que Cortázar y a pesar de haber denigrado del fútbol imponiéndole la mácula de “deporte para estúpidos”, paradójicamente escribió junto a Bioy Casares “Esse est percipi” cuento incluido en la famosas Crónicas de Bustos Domecq y compilado por Roberto Fontanarrosa en el libro Cuentos de Fútbol argentino (1997). Además el autor de Historia universal de la infamia y Luna de enfrente, compuso el poema “Ajedrez” que integra en El Hacedor, libro escrito en 1960.

En el cuento “Esse est percipi”, Borges y Casares relatan la visita que realiza Domecq al presidente del Club Abastos Juniors, para preguntarle sobre la repentina y extraña desaparición del estadio Monumental de River. Ya en la oficina conversando con Savastano se entera que no es verdad que los ídolos de su equipo tienen el mismo nombre y que los partidos que él escucha por radio no son reales sino que son inventados por un locutor a quien se le dicta el resultado y el nombre de los jugadores. El cuento, de estructura enrevesada -como casi todo lo de Borges-, hay que leerlo y releerlo para luego darse cuenta que es una estupenda crítica, utilizando el recurso de la ironía, a la función masificadora y mitificadora del espectáculo deportivo por parte de los medios de comunicación. Es sobre todo una crítica a la

otra realidad creada por la repetición de imágenes y sonidos, a través de la televisión y la radio.

Dice en la narración el presidente del club:

- Ferrabás (el locutor) ya hablé con De Filippo y con Camargo. En la fecha próxima pierde Abastos, por dos a uno. Hay juego recio, pero no vaya a recaer, acuérdesen bien el pase de Mausante a Renovales, que la gente lo sabe de memoria. Yo quiero imaginación, imaginación ¿Comprendido? Ya puede retirarse:- Junté fuerzas para aventurar la pregunta: - Debo deducir que el scord se digita Savastano literalmente me revolcó en el polvo. No hay scord ni cuadros ni partidos. Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locutores ¿nunca lo llevó a maliciar que todo es patraña? El último partido se jugó el día 24 de junio del 37. Desde aquél preciso momento, el fútbol al igual que la vasta gama de los deportes, es un género dramático, a cargo de un solo hombre en una cabina o actores con camiseta ante el cameraman. Señor ¿Quién inventó la cosa? – atiné a preguntar. (1997: 16-17)

A la zaga de un primer intento: De García Márquez a Gunter Grass

En el círculo de los autores clásicos contemporáneos -y otros no tanto- de habla hispana, e incluso norteamericanos, varios han sido quienes han vertido sus tintas en las transparentes aguas del deporte, dejando así claros vestigios de la pasión por esta milenaria manifestación de la cultura, pero sobre todo del talento a la hora de fundir el negro sobre el blanco. No se trata solamente de textos escritos también de opiniones y hasta anécdotas que dan cuenta, de una u otra forma, de la vinculación de los intelectuales con el ejercicio físico.

Con Gabriel García Márquez, en su autobiografía *Vivir para contarla* (2002) además de confesarse fanático del equipo de fútbol Junior de Barranquilla y del béisbol Caribe, como se le conoce al juego de pelota en la costa colombiana, refiere una anécdota en la que narra cómo le tocó escribir un reportaje a propósito de la llegada a Colombia del jugador brasileño Sebastián Berascochea intentando de esa forma conciliar el fútbol y la literatura en la naciente revista literaria *Crónica*, que era una iniciativa del conocido Grupo de Barranquilla. Expresan los amigos de “El Gabo”, entre los que se contaba el poeta Alvaro Cepeda Samudio, conocedor de la materia (pues durante años fue corresponsal del periódico *Sporting News*, de San Luis, Missouri), que es el peor trabajo que el Premio Nobel haya publicado alguna vez (si es que alguna vez escribió algo malo).

El mismo García Márquez relata parte de la anécdota:

“Me reforcé con otros, y me sentí aliviado por una larga conversación con Berascochea, un hombre inteligente y amable y con muy buen sentido de la imagen que deseaba dar para el público. Lo malo fue que lo identifiqué y describí como un vasco ejemplar, sólo por su apellido, sin parar mientras en el detalle de que era un negro retinto de la mejor estirpe africana. Fue la gran pifia de mi vida, y en el peor momento para la revista. Tanto que me identifiqué con la carta de un lector que me definió como un periodista deportivo incapaz de distinguir la diferencia entre un balón y un tranvía. (...) No renunciamos al fútbol o al béisbol porque ambos eran populares en la costa Caribe, pero aumentamos los temas de actualidad y las novedades literarias. Todo fue inútil nunca logramos el equivoco de que *Crónica* fuera una revista deportiva, pero en cambio los fanáticos del estadio superaron el suyo y nos abandonaron a nuestra suerte” (García Márquez: 2004:146).

Si algún intelectual ha definido con entusiasmo lo que significa el deporte como experiencia personal, es precisamente Ernesto Sábato, autor de *El Túnel* (1948), novela soberbia y magistral que lo mandó directo al espacio de los consagrados en las letras latinoamericanas. No encontramos pistas de que Sábato haya hecho referencia al deporte en algunos de sus textos emblemáticos, pero sí en un cuento titulado “Fotbal del grande”, Tomado del Poli Delano. Hinchas y goles: el fútbol como personaje, en donde evoca el balompié argentino de los años quince, en boca del personaje Humberto J. D’ Arcángelo: “¡Qué equipo, pibe ¡El gran Tesorieri. Nunca hubo, ni volverá a haber, oíme bien lo que te digo, ni volverá a haber, eh, un arquero como Américo Tesorieri. Te lo dice Humberto J D’Arcángelo, que ha visto fotbal del grande...”. (:89)

En conversaciones y entrevistas ha lanzado reflexiones filosóficas y frases riquísimas de contenido a la hora de opinar acerca del fútbol, el boxeo y otras disciplinas. Subrayamos aquí opiniones sueltas encontradas en algunas entrevistas que por su elocuencia y claridad ni siquiera precisan comentario alguno:

Yo también soy hombre del deporte porque lo practiqué y lo disfruté en la Universidad de La Plata, donde había una colonia de muchachos de todos los países suramericanos. La confraternidad era extraordinaria. Allí era obligado hacer deporte porque el deporte era sagrado, igual que la defensa de los colores. Y tuvimos una formación brillante. Rodríguez jurado nos enseñaba rugby. Pero además había atletismo, fútbol ¡Qué linda que fue aquella época! (El Clarín, 1999, enero 27)

El autor de *El Túnel*, *Sobre Héroes y tumbas* y *Abaddón el exterminador* confiesa una gran debilidad por el fútbol:

El fútbol es una de mis debilidades porque es una pasión y yo siempre he sido un hombre de pasiones. El fútbol me atrajo hasta con cierta clase de delirio. Porque basta

con ver un buen partido para apreciar la belleza de este deporte. Hay momentos del fútbol que se asemejan a pasos de ballet, por la armonía de los movimientos, por la sensibilidad y por el ritmo. Cuando se compara a este fútbol con el que practican los norteamericanos, que es bestial, uno se da cuenta de la gran diferencia. Lo que tiene incorporado el fútbol no está en ningún otro deporte (1999:12)

Sábato, el físico matemático que decidió en una oportunidad dejar los laboratorios para irse a escribir a una fría montaña de Córdoba, en donde se reencontró con el mundo alucinante de las letras y con la magia de la pintura. Ese mismo que publicara *Antes del Fin* (2000) y *La resistencia* (2001), dos libros de memorias que alguien preocupado por el problema de la existencia humana no debería dejar de leer, opina acerca de su compatriota Diego Armando Maradona y en torno a otros ídolos del deporte como Mohamad Alí:

Me hubiera gustado jugar como él. Es un genio del fútbol. Un gran jugador como Maradona demuestra que no basta la habilidad física, sino que se requiere de una variedad de virtudes que van de lo meramente corporal. (...) Admiro a Carlos Monzón fue un grande, y, por supuesto a Cassius Clay. Un fenómeno del boxeo. Un artista total. Claro que los negros tienen una ventaja en el deporte, no tengo dudas de que son una raza superior. Yo soy muy admirador de los negros. De su sensibilidad, de su talento, de su ritmo. La gran música terminó a principios de siglo con Debussy. (2003:12)

Reflexiona Mario Benedetti en boca del personaje principal Martín Santomé en uno de los pasajes de *La Tregua*:

(...) Imagino que ellos, cuando se repantigan en los mullidos sillones de la sala de Directorio, se deben sentir casi omnipresentes, por lo menos tan cerca del Olimpo como debe sentirse un alma sórdida y oscura. Han llegado al máximo. Para un futbolista el máximo significa llegar un día a integrar el combinado nacional, para un místico comunicarse alguna vez con su Dios; para un sentimental, bailar en una ocasión en otro ser el verdadero de sus sentimientos. Pero esta pobre gente, en cambio, el máximo es llegar a sentarse en los butacones directorales. (1979:105)

El poeta, cuentista y novelista uruguayo, se suma al grupo de selectos escritores hispanoamericanos que han elevado al deporte al podium de las letras. Además del fragmento que acabamos de presentar, el autor de *Inventario* ha publicado algunos cuentos entre los que destacan “El césped “ del libro *Despistes y Franquezas* (1990) y *Puntero Izquierdo* (1994); ambos recogidos en *Cuentos de Fútbol* (volumen I y II respectivamente) de Jorge Valdano (1998). Quién más autorizado que el poeta uruguayo para enfrentar al deporte y la poesía en un juego de palabras donde no hay perdedores y donde sólo gana la belleza del lenguaje:

“El aire salitroso y los castillos de arena y las aguas vivas y las algas que ha traído la penúltima ola. Todo es mío. ¿Qué sería de mí, el número ocho, sin estas mañanas en que la playa me convence de que soy libre, de que puedo abrazar esta roca, que es mi roca mujer o tal vez mi roca madre, y estirarme sin otros límites que mi propio limite o hasta que siento las tenazas del cangrejo barcino sobre mi dedo gordo? Aquí soy número ocho sin llevarlo en la espalda. Soy número ocho sencillamente porque es mi identidad”. (1990:91).

Indudablemente la cabeza más visible que se asoma en el selecto grupo de escritores antes mencionados es el uruguayo Eduardo Galeano con su libro *El fútbol a sol y sombra* en el que el autor de *Las venas abiertas de América Latina*, brinda el talante de su prodigiosa imaginación para construir textos de una excelente riqueza poética y

narrativa en los cuales es difícil hacer una diferenciación de géneros y en donde lo histórico se confunde con la fábula, con la ficción, con lo periodístico y con lo anecdótico. En el libro de Galeano desfilan como míticos personajes, jugadores de la relevancia de Pelé, Maradona, Garrincha y Di Stéfano, quienes en una atmósfera cargada de pasiones y episodios propios de la sociedad del fútbol, son elevados hasta el estadio de los rituales.

Dice Galeano que El Fútbol a sol y sombra, rinde homenaje al fútbol, música del cuerpo, fiesta de los ojos, y también denuncia las estructuras de poder de uno de los negocios más lucrativos del mundo. La tecnocracia del deporte profesional, escribe Galeano:

...ha ido imponiendo un fútbol de pura velocidad y mucha fuerza, que renuncia a la alegría, atrofia la fantasía y prohíbe la osadía. Por suerte todavía aparece en las canchas, aunque sea muy de vez en cuando, algún descarado cara sucia que se sale del libreto y comete el disparate de gambetear a todo el equipo rival, al juez y al público de las tribunas, por el puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad. (1984:53).

Son muchos los fragmentos de este libro donde la imaginación de Galeano vuela sin límites. Uno de estos es el relato “Gol de Pelé”:

Fue en 1969. El club Santos jugaba contra el Vasco da Gama en el estadio de Maracaná. Pelé atravesó la cancha en ráfaga, esquivando a los rivales en el aire, sin tocar el suelo, y cuando ya se metía en el arco con pelota y todo, fue derribado. El árbitro pitó penal. Pelé no quiso tirarlo. Cien mil personas lo obligaron gritando su nombre. Pelé había hecho muchos goles en Maracaná. Goles prodigiosos como aquél de 1961, contra el club Fluminense, cuando había gambeteado a siete jugadores y al

arquero también. Pero este penal era diferente, la gente sintió que algo tenía de sagrado. Y por eso hizo silencio el pueblo más bullanguero del mundo. El clamor de la multitud calló de pronto, como obedeciendo una orden, nadie hablaba, nadie respiraba, nadie estaba allí. Súbitamente en las tribunas no hubo nadie, y en la cancha tampoco. Pelé y el arquero Andrada estaban solos. A solas, esperaban. Pelé parado junto a la pelota en el punto blanco del penal. Doce pasos más allá, Andrada, encogido, al acecho, entre los palos. El guardameta alcanzó a rozarla, pero Pelé clavó la pelota en la red. Era su gol número mil. Ningún otro jugador había hecho mil goles en la historia del fútbol profesional. Entonces la multitud volvió a existir, y saltó como un niño loco de alegría, iluminando la noche. (1985:151).

Un inciso es apremiante para no dejar pasar como inadvertido que muchos de los escritores contemporáneos hasta aquí mencionados son herederos que en los albores del Modernismo se interesaron por festejar y hasta repudiar, tinta mediante, las faenas deportivas que encendieron las emociones de quienes se sumergieron ávidamente en el espectáculo de los músculos, la habilidad y la fuerza. Entre ellos el celeberrimo cubano José Martí (1853- 1895) quien en su crónica, “Una pelea de premio”, presenta ¡y de qué manera!, cómo los norteamericanos hicieron del boxeo un rito al que se entregaban en morboso fanatismo para ver correr la sangre de los peleadores que se arrojaban, más que a la consecución de la gloria, a la búsqueda de preciado caballero de Quevedo, que además circulaba entre las manos de apostadores que ganaban o perdían según echaran la suerte:

En el circo había damas. Y a la par que los jayanes se dieron las manos y ponían a hervir la sangre que iba a correr abundosa a los golpes, encucillados en el suelo, contaban los segundos los dineros que se habían apostado a los dos hombres ¿A qué mirarlos? Ruedan por tierras: llévalos a su rincón y báñales los miembros con menjurjes embistense, sacúdanse sobre el cráneo golpes de maza: suenan los cráneos con yunque herido. (1963:253)

El uruguayo Horacio Quiroga (1878-1937), también exponente de la corriente modernista y que determinó su orientación estética en sus *Cuentos de la Selva* (1918) y *Los desterrados*, escribió el relato “Suicidio en la cancha”, que se puede constatar en el libro *Su majestad el fútbol*.

(...) Cuando un muchacho llega por a o por b , y sin previo entrenamiento , a gustar de ese fuerte alcohol de varones que es la gloria, pierde la cabeza irremisiblemente. Es un paraíso demasiado artificial para su joven corazón. A veces pierde algo más, que después se encuentra en la lista de defunciones. (1968: 42).

Uno de los más grandes poetas hispanoamericanos de todos los tiempos, César Vallejo (Perú 1892 – París 1938), que tiene entre sus más resonantes obras *Trilce* (1922) y *Poemas Humanos*, como cosa extraña, recreó la disciplina del tenis de la cual hemos dado con el poema “En el momento en el que el tenista”, compilado en sus *Obras completas*:

“En el momento en el que el tenista lanza magistralmente su bola
lo posee una inocencia totalmente animal
en el momento en que el filósofo sorprende una nueva verdad
es una bestia completa” (1990: 56).

Destaca, entre otros el poeta nacional de Cuba, Nicolás Guillén (1902- 1989) quien incorpora definitivamente en la década de los 30 el componente negro de la cultura que se hace sarcástica y antiimperialista. Es aplaudido por sus trabajos *Sóngoro Cosongo* (1931) y el poemario *Tengo* (1964). Guillén compone el poema “Pequeña oda a un boxeador cubano” y más tarde “Deportes”:

¿Qué se yo de boxeo,
Yo que confundo el jab con el upper cut?
y sin embargo, a veces
Sube desde mi infancia
Como una nube inmensa desde el fondo de un valle...
Y del primer poema:
Tus guantes
Puesto en la punta de tu cuerpo de ardilla
Y el punch de tu sonrisa

Antes de hacer sonar el silbato final de este primer capítulo, es necesario nombrar a otras obras y escritores importantes que alguna vez han participado de este maravilloso juego que reúne en la cancha del saber y la cultura al deporte y la literatura. Son referencias obligadas los escritores norteamericanos Norman Mailer, Ernest Hemingway, Faulkner y Red Smith, quienes iniciaron sus respectivas carreras en el periodismo deportivo, para luego tener resonancia con interesantes trabajos en el contexto literario. Además, el primero de ellos destaca con el ensayo “Ego” que escribió en torno a la memorable pelea de boxeo entre Mohamed Alí y Joe Frazier en 1971:

Clay es el mayor ego de Norteamérica. Y también es (...) la más veloz personificación de la inteligencia humana hasta el momento habida entre nosotros, es el mismo espíritu del siglo XX, es el príncipe del hombre masa y los masivos medios de comunicación: Pero ahora, quizás con carácter pasajero, es un príncipe caído (:16).

Mientras, Hemingway lo hace por intermedio de sus famosas crónicas taurinas como “Muerte en la tarde”, y “El viejo y el mar”, relato éste último en el que el famoso pescador, personaje principal del relato, se entretiene durante las noches escuchando

por radio las incidencias de los partidos de béisbol en los que actuaban los Yankees de Nueva York y su pelotero estrella Joe Di Maggio.

Agregamos en este grupo a los brasileños Rubén Fonseca y a Edilbertho Coutinho: el primero, uno de los escritores más importantes del gigante amazónico, quien ejerció durante años el periodismo y es autor conocido internacionalmente por sus obras *Os prisioneros* (1963), *A grande Arte* (1983) y *Agosto* (1990). Además, el segundo de ellos, quien también ejerció el diarismo y es narrador y ensayista, ganó el premio Casa de Las Américas con *Adiós Maracanã* (1980) además de publicar *Os jogos* (1984). *Adiós Maracanã* es uno de los más importantes textos publicados en Brasil relacionados con el fútbol, mientras que el relato “Abril en Río, 1970” de Fonseca, está en la misma línea temática y no con menos halagos de la crítica.

El alemán Gunter Grass, poeta, dramaturgo y novelista, Premio Nobel de literatura en 1999, también se inscribe en la lista de quienes no miran de reojo a los deportes, así lo confirma en *Mi Siglo* (1999) donde el escritor alemán incluye en una de las cien crónicas que componen, su propia experiencia con el balompié. Grass, quien manifiesta ser hincha del equipo SC Friburgo de su país, sorprendió a los alemanes ese mismo año durante la Feria de Libro, con una declaración en la que propuso leer algunos de sus textos ante 25 mil personas en un estadio de fútbol.

Otros que también han saltado uniformados de prosa y verso al terreno de juego, y que en esta ocasión no dejaremos sentados los 90 minutos en el banco de suplentes son: Jack London, Byron, Irwin Chaw, Joan Carol Oates, Augusto Roas Bastos, Oswaldo Soriano, Juan Villoro, Alfredo Bryce Echenique, Alvaro Cepeda Samudio, Antonio Skármeta, Carlos Monsiváis, Sergio Ramírez, Francisco Umbral, Julián Marías, Fernando Fernán Gómez, Roberto Fontanarrosa, Julio Ramón Rybeiro, Vinicius de Moraes, Fernando Carreter, entre otros.

CAPÍTULO II

DEPORTE Y LITERATURA EN VENEZUELA

Caracas: béisbol, fútbol y lenguaje

Más de un siglo ha transcurrido desde que los habitantes de aquella bucólica ciudad de techos rojos, vigilada desde lejos por los misterios del Ávila y los susurros del Guaire, fueron sorprendidos un domingo cualquiera por un grupo de muchachos venezolanos, norteamericanos y cubanos, que ataviados de negro, cachuchas y zapatos feos, iniciaban lo que por algún tiempo para los espectadores sería un extraño ritual. Hombres, mujeres y niños del sector Quebrada Honda y transeúntes que apresurados bajaban del tren, se quedaban paralizados ante el indescifrable fenómeno, que poco más tarde descubrirían con el sui generis nombre de “béisbol”.

Así, por allá en 1895, nació este juego que desde ese mismo momento se iría metiendo poco a poco en los tuétanos y las arterias de todos los venezolanos. Pocos años más tarde cuando ya el béisbol andaba de boca en boca y empezaba a popularizarse, también se conocía de otro juego: el fútbol. Una especialidad con características totalmente distintas, traído por los ingleses y desarrollado por los alemanes, que intentó abrirse paso por los terrenos baldíos del exquisito Valle de Caracas, pero que lamentablemente quedaría encerrado por años en las pequeñas colonias extranjeras y en los colegios católicos donde se practicaba estimulado por sacerdotes europeos.

A pesar de que el béisbol y el fútbol habían nacido casi simultáneamente, fue el primero de ellos que alcanzó mayor popularidad por intermedio de la formación de equipos, hasta convertirse en el pasatiempo preferido de los venezolanos, invadiendo a fuerza de batazos todas las artistas del país, y convirtiéndose en un elemento decisivo en la formación sincrética cultural de una nación, que durante las cuatro

primeras décadas del siglo XX sufrió avatares políticos, signados por la presencia de regímenes autoritarios que comienzan a desmoronarse apenas con la caída de Juan Vicente Gómez en 1935.

Pero no es sino a partir de 1958, al dejar el poder el general Marcos Pérez Jiménez, cuando el país abandona el último vestigio de los dictadores y saluda una nueva etapa, no menos convulsionada política y socialmente, pero que permite entrar en un tímido proceso de cambio que abre las puertas a la conformación de nuevas instituciones públicas, económicas y culturales, entre ellas, por supuesto, el béisbol, que encontró cauce para su desarrollo organizativo hasta lo que es hoy en día una fuerte identidad cultural como el petróleo, el joropo, las hallacas y las reinas de belleza.

El breve periplo anterior explica de forma histórica y sociológica, por qué la pelota, a diferencia de otros deportes, se arraigó de manera decisiva en la vida de los venezolanos. Una muestra de ese fuerte arraigo del béisbol en la cultura vernácula se puede identificar, por ejemplo, en el uso del idioma. Las palabras, giros y frases, muchas de ellas cargadas de anglicismos, forman parte del habla común de toda la población, lo que sin lugar a dudas ha enriquecido nuestro léxico. Para Díaz (2004), esa particular manera de expresión se ha colado, sigilosa y sin pedir permiso, en todos los estamentos de la sociedad, inclusive, de manera no tan habitual en los discursos y declaraciones de los presidentes de la República.

Si una persona se descuida y otra la aprovecha, se dice que se dejó robar la segunda; sino tiene escapatoria, que está ponchao; si argumenta con sinrazones, que está pelando bolas, aunque esto puede ser también por el billar; sino es posible refutarlo, que está lanzando bolas de humo, si se deja cazar en una situación incómoda, que lo agarraron fuera de base, o que se dejó robar la seña; si fracasa muchas veces, que es un bate quebrado y si tiene éxito, que es el short stop, cuarto bate y novio de la madrina. (2004:41).

Una Venezuela sin crónica deportiva

Entrando en el aspecto que más nos interesa de este capítulo, (que por supuesto tiene que ver con el lenguaje pero sobre todo, y muy específicamente con el tratamiento de tema deportivo en la literatura venezolana), hay que afirmar categóricamente que ni el béisbol y menos aún el resto de las disciplinas (como el boxeo, el fútbol, el atletismo y el baloncesto por nombrar las de mayor popularidad), han logrado la trascendencia que pudieran merecer en el contexto de la literatura nacional, ya que son escasísimos los textos donde se aborda el tema dentro de la producción artística. Y ni hablar de otras expresiones como las artes plásticas, el teatro o la música.

Lo más importante que se ha escrito últimamente está en los medios de comunicación impresos, y especialmente, en algunos periódicos como el diario El Nacional y el ya desaparecido Diario de Caracas, que hicieron un esfuerzo por publicar crónicas y reportajes que van a caballo entre lo que pudiéramos denominar “periodismo y literatura”, vertiente que a su vez está enmarcada en el llamado Nuevo Periodismo, inaugurado por el periodista norteamericano Tom Wolfe su principal teórico en los Estados Unidos, y que tuvo una escasa repercusión en Venezuela en la década de los 60 y 70.

Wolfe, autor entre otras obras de La Hoguera de las vanidades y La palabra pintada, al igual que otros grandes escritores como Balzac, Thackeray, Dickens y Evelyn Waugh es un maestro de la sátira social y agudo cronista.

A ese poco interés mostrado por los escritores en atrapar la pelota como tema recurrente, se suma el de las empresas editoriales estatales y privadas en publicar y promocionar libros y otros materiales, lo que redundo, por supuesto, en una gran dificultad para acceder y compilar, por lo menos las obras consideradas más importantes.

Sorteando las dificultades que eso implica, de aquí en adelante trataremos en el desarrollo de esta parte de la investigación, de hacer una selección de textos y autores, dejándonos llevar por la reflexión teórica y la experiencia de lecturas, transcribiendo en unos casos totalmente los textos más cortos y en otros, haciendo tan sólo referencia de los que sabemos se han publicado hasta este momento.

Debemos empezar por decir, como cosa curiosa, que en lo que va de un siglo y un poco más, tan sólo han sido relevantes cuatro obras en el género novela, la primera de ellas Campeones de Guillermo Meneses que apareció por primera vez en el año 1938, La última oportunidad del Magallanes de Rafael Zárraga publicada en 1978, Sólo un shortstop de Felipe Castillo (1998) y El round del olvido de Eduardo Liendo que salió al mercado recientemente en el año 2002. Con relación a estas narraciones no nos vamos a detener, ya que a las mismas nos dedicaremos con especial atención en el próximo capítulo, en el cual haremos un análisis pormenorizado tanto de las obras como de los autores.

El béisbol como señalamos antes, es el deporte que más ha captado la atención de los escritores venezolanos. Esto quizás tenga que ver con un fenómeno de carácter histórico y sociológico, ya que, como lo dice Taine (AÑO), la producción de literatura esta muchas veces consustanciada con el tiempo y las circunstancias del artista, de allí que el béisbol como fenómeno social y cultural haya encontrado eco, -aunque insistimos- con poca fuerza en las letras nacionales. Una segunda excepción sería el boxeo, que sin haber logrado la gran empatía (la tuvo en un momento) que tiene el pueblo venezolano con la pelota, ha conseguido alguna resonancia. Mientras, el fútbol, que vive su mejor momento con el boom de la vinotinto, está en el banco de suplentes esperando por escritores, narradores y cronistas.

Una compilación peregrina: poesías, discursos y novelas

Como el peregrino de Borges en “La biblioteca de Babel”, husmeando, desesperado, en viejos anaqueles, librerías, bibliotecas rumanas de libros, folletos, revistas, periódicos, cajas viejas y tarantines, o simplemente en conversaciones fortuitas con amigos, y quizás también con enemigos, nos hemos ido encontrando con algunos textos y referencias perdidas en una mar de páginas, o entre líneas, que nos remiten al deporte en la intención literaria, escritos muchos de ellos por autores conocidos, desconocidos y hasta olvidados.

Este es el caso del poema “Campo Urdaneta”, de Enrique Mujica, premio “José Rafael Pocaterra”, que encontramos en el libro *Obra Poética* editado por la Universidad de Carabobo, con el que abrimos este abanico asistemático de referencias posibles:

Hay que jugar profundo
Entre la soledad y la brisa
Conocer desde muy cerca
El montecito de los jardines
Pasarse un buen rato ahí
Pensativo
Esperando
Viendo el juego desde lejos
Moverse un poquito
Sobre aquellas maticas oscuras
Silvestres del rai fil
Donde algunas veces
Se enfrían los roletazos
Nadie batea por ahí
Pero uno debe jugar
En lo profundo

Entre la soledad y la brisa

O este otro poema de Héctor Gustavo Alvarado, “Alas de Triunfo” del libro El exilio y otras delicias en donde Alvarado rinde tributo a Adalberto Soto un amigo suyo, furibundo “torcedor” del fútbol y la vida:

Te fuiste a Brasil
Con tus alas de triunfo
Te vieron correr
Por las noches de río
Y sin carnaval
De izquierda a derecha
De frente y de espalda
Una chalaca

Con la emoción del aire
Hizo gritar a millones de estrellas
Las tres letras del himno
Que entonaron tus pasos
(2000:48)

Ambos poetas retoman el lenguaje del deporte en una dimensión estética, para a partir de los versos introducir al lector en una reflexión filosófica y en interrogantes cotidianas que tienen que ver con la existencia del hombre. Mujica a través del béisbol y Alvarado por intermedio del fútbol connotan una introspección en la que se revelan los fenómenos inquietantes de la soledad y la muerte.

Andrés Eloy Blanco el poeta popular de Venezuela por antonomasia, y también por la profundidad lírica en el manejo del lenguaje versificado, es quizá el escritor criollo que con mayor promedio le ha cantado al deporte y especialmente al béisbol. El

cumanés nos ha regalado textos que han tenido continuidad en varios géneros literarios, y en los cuales ha hecho aportes que vienen a ser una referencia obligada a la hora de levantar un inventario en torno al tema que ahora estamos abordando. Entre esos trabajos están, por ejemplo, el poema “Romance del Campeonato”, que apareciera por primera vez, bajo el pseudónimo de “Morrocuá Blue”, publicado originalmente en el suplemento el Morrocroy Azul, el 25 de marzo de 1942. El cuento la “Gloria de Mamporal”, que trata sobre la rivalidad de dos pueblos, incluido en el libro La aeroplana clueca, Episodios venezolanos, que sacara al mercado la Editorial Caribe en 1955 y Discurso a los Campeones, que lo ubicamos en una selección de discursos que hicieran Francisco Luzardo, Luis Beltrán Prieto Figueroa y Manuel Alfredo Rodríguez, para Ediciones Centauro en 1976.

Todos estos textos, y otros a los cuales hacemos referencia, son reseñados en El Libro del Béisbol, cien años de pelota en la literatura venezolana, que publicó la Editorial Libros del Nacional en 1998, cuya selección y notas se le deben a Federico Pacanins. Este libro, cargado de humor y de datos imprescindibles, es hasta ahora lo más completo y acabado que se haya publicado en el país entorno a la historia del béisbol en la literatura vernácula.

Con el poema “Romance del Campeonato” y “El Discurso a los Campeones”, Andrés Eloy Blanco, amplio conocedor y por los demás aficionado a la pelota, rinde tributo a la selección venezolana de béisbol, que en una hazaña sin precedentes se coronó campeona de la IV Serie Mundial de Béisbol, amateur de La Habana, Cuba, en 1941, derrotando precisamente al equipo anfitrión. Aquí sólo los primeros versos del poema:

Con matrimonio canónico
En la Habana se han casado
La bandera de Juan Bimba
Y el pendón del campeonato

Liborio que fue el padrino,
Llevó la nave del brazo;
De un lado Narciso López,
Maceo del otro lado
Y la sombra de Martí
Con las arras en las manos;
Junto a la estrella de Cuba,
Siete estrellas caminaron,
Lanzaban “estrais” de espuma
Las olas de Marianao;
La Habana “bateaba” cantos
Y cruzaban fláis” azules
Santa Clara y Maracaibo
(1998: 37)

Por otra parte, el “Discurso a los Campeones”, más que un saludo y felicitación a los atletas venezolanos, es un texto donde el poeta desborda de manera apasionada toda su sabiduría en torno a la trascendencia del deporte y a la real connotación del aspecto lúdico como un hecho unido, antropológicamente hablando, a la condición humana. Con suma facilidad, pero también con mucha maestría y conocimiento del tema, Andrés Eloy Blanco nos pasea por la historia del deporte remontándose a sus orígenes y haciendo énfasis en la importancia que le dieron los griegos en la conformación de su rica cultura occidental:

Comenzaré por recordar a los poetas. Porque era ésta la tribuna preferida de Píndaro, porque el primer canto que conocemos del poeta fue la consagración de un niño de Tesalia, vencedor de una carrera olímpica. Así, en un estadio así, sobre una tierra ardiente como esta, bajo un cielo azul como éste, se hizo a Grecia. De la arena de Olimpia surgió la línea de la cultura helénica; de la nube de atletas salían los marinos

que dejaban cantando el golfo arcadio, para surcar el Jónico bajo velas de púrpura; de allí surgieron los diez mil que saludaron al Mar Negro con grito de salvación; allí los magistrados bebían fuerza bondad y equilibrio; allí nutrió las pantorrillas el heraldo de Maratón. Tanto significaba para Grecia el estadio, que contaba los tiempos ya no por años sino por olimpiadas; mientras duraban los juegos, no podían declararse la guerra las naciones vecinas; y si alguna guerra existía para esa temporada, la tregua se imponía, las hostilidades cesaban, las armas se dormían como locos cansados... (:41)

Este magistral discurso, pronunciado en el Estadio Nacional de Caracas en noviembre de 1941, es de una belleza poética inigualable, así como también un homenaje a la grandeza del pueblo venezolano, a la zaga de los libertadores, al hombre, a la democracia y a la libertad. Es una narración épica, que al mejor estilo de los clásicos griegos, va concatenando episodios de glorias y caídas en el devenir político y social de la nación. Leer el discurso es por lo demás sentir y palpar desde las imágenes y los sonidos que van creando las frases y los giros, el patriotismo y el amor que Andrés Eloy Blanco siempre quiso reflejar en su escritura. Hasta tal punto que resulta imposible para él, dejar a un lado en el presente texto su intención pedagógica y moralizante. La hazaña deportiva le sirve para ordenar una pieza literaria de gran valor, que por momentos trasciende a un tratado de ética, entre otras cosas, cuando advierte, el poeta nacional, que nada nuevo diríamos si no nos detuviéramos a considerar lo que ganan los pueblos que cultivan la agilidad del músculo, la certeza del movimiento, el tino de la mirada; pero nunca sería demasiado hablar de ello y proclamar cómo, cuando el deporte no es un simple juego de vagancia, sino una noble función de cultivo que se realiza con espíritu de superación, con sentido de grupo, con voluntad de Patria sana, de humanidad optimista y saludable, de conjunción armoniosa del ser en el gran ser colectivo y de las almas en la gran naturaleza, el deporte es un taller de reparaciones humanas.

Al final del discurso que fue acogido con fuerte ovación por los asistentes, el poeta oriental se despide dejando un mensaje de esperanza y de optimismo que a pesar de los años transcurridos no ha perdido ni un ápice de vigencia:

... a vosotros jugadores del equipo venezolano, gracias en nombre de vuestro pueblo, que os debe esta gran alegría y este gran paso de su fe. En nuestra hora de combate cultural se concentró la angustia, el ansia de belleza y de armonía en la actuación, el afán de disciplina, el propósito de confianza y optimismo; en nombre de ese pueblo os saludo y os pido que no perdáis nunca de vista, este espectáculo de unanimidad espiritual... (:48).

Nos imaginamos, que de estar vivo cuánto hubiera escrito Andrés Eloy en este preciso momento, cuando otra gran hazaña, la de Johan Santana con el premio Cy Young de las grandes ligas, ha bañado de gloria al deporte venezolano.

INTENCIÓN ESTÉTICA Y FILOSÓFICA

En El libro del béisbol, Pacanins hace una selección posiblemente arbitraria, pero sin duda justa y recurrente en la que además de Andrés Eloy Blanco, aparecen textos de otros relevantes escritores venezolanos, quienes han hecho una propuesta que plantea la posibilidad de elevar el léxico y los acontecimientos propios del deporte a una esfera artística y literaria, en la que éste deja de ser un simple objeto narrado y que sube, apoyado en el delicado y entramado juego de las palabras, al Olimpo de la creación y la belleza, espacio de donde se puede sustraer además, una intención ética, estética y filosófica, que recobra la riqueza mítica y lírica que tuvo en sus orígenes el deporte, sobre todo con los grandes narradores clásicos que nutrieron la civilización occidental, echando mano de la épica, las tragedias, sus

conflictos y sus héroes. Expresiones éstas en las que el juego siempre estuvo presente.

En el mencionado texto exponen sus delicadas plumas escritores y cronistas como Guillermo Meneses (Campeones- fragmento); Francisco Pimentel “Job Pim” (Pelotas y toros); Miguel Otero Silva (Glosa para Yolanda Leal y José Pérez); José Ignacio Cabrujas (Estimado Padrón Panza); Salvador Garmendia (Como el béisbol por radio); Rubén Monasterio (Llegó el béisbol ¡maldita sea!); Joaquín Marta Sosa (El béisbol como sentimiento trágico); Luis Felipe Castillo (Sólo un shorstop - fragmento); Aníbal Nazoa (Pelota mata culebra) y otros, como el poema El Campo, de Carlos Brito, perteneciente al libro Pica y se extiende, poemario de béisbol publicado en Venezuela, por el Fondo Editorial Letras, Caracas, diciembre 1994.

El segundo fue En tres y dos de Enrique Vitoria Vera que data del año 2001, por Ediciones Pavilo.

Hoy mido tu cuerpo
Aquí fundo el home
Allá las bases
Más allá la cerca
Donde la nostalgia con los aires se regresa
Hago pasar las rayas de cal
Entre tu cintura y los tobillos
Allí donde todos los batazos
Son válidos y precisos
Luego convoco a todos los veteranos
Que me habitan
Para el lanzamiento de la bola inaugural
(2001: 95)

Deporte y léxico: crónicas deportivas habladas

Edgar Colmenares del Valle, profesor de la Universidad Central de Venezuela y otrora director de la Escuela de Letras de esa casa de estudios, es posiblemente el primer investigador que publica una antología de textos en los cuales se evidencia la manera cómo los escritores venezolanos, desde distintas perspectivas y géneros literarios, han incluido el tema deportivo en sus respectivas creaciones. Aunque esos trabajos están dirigidos especialmente al campo de la lingüística, Colmenares realiza un excelente aporte que consiste en un inventario de textos, a manera de anexos, que resulta interesante destacar para lograr los objetivos que se plantean en nuestro trabajo.

Estos consisten, entre otros, en reunir los textos estrictamente fundamentales y de mayor interés que han sido publicados en el país. Concretamente referimos *Léxico del béisbol en Venezuela*, publicado en 1977 y *Léxico del boxeo*, del año 1984. Ambas constituyen investigaciones de un inestimable propósito por lo innovadores que resultan, y los interesantes aportes que facilitan para el estudio de un tema como el deportivo, que ha sido descuidado tanto a nivel lingüístico como a nivel semántico y de contenido. En las mismas se hace un esfuerzo por reunir trabajos de importante valor literario, la mayoría de estos aún dispersos por lo complicado que significa ubicarlos a través de un arqueo de fuente y porque otros simplemente están inéditos.

Señala Colmenares en la presentación del *Léxico del béisbol*, que dada la permeabilidad misma de todo léxico como factor estructurante de un sistema lingüístico, cada día más se acentúa con mayor énfasis; no sólo a nivel del habla coloquial, sino también a niveles expresivos más formales, y que disciplinas como la

política, la economía, la música popular, la literatura y otras, utilizan cada vez más esta terminología en un sentido figurado o en un sentido referencial.

Los textos que integran la antología son agrupados por el profesor universitario en información, publicidad, humorismo, crónicas, discursos y narrativa, por intermedio de los cuales, según él, se puede comprobar que el léxico beisbolero es un constituyente más de la competencia lingüística del hablante venezolano y que dentro de los deportes es la terminología de esta disciplina la que tiene un uso más generalizado, tanto en la lengua oral como en la lengua escrita.

En esa acuciosa y rica colección, sobresalen los textos publicados en la desaparecida revista humorística el Morrocoy Azul, la más importante que se imprimiera en Venezuela durante las décadas del 40 y 50 y en donde revelan su talento los mejores cronistas y narradores de la época como Miguel Otero Silva, Andrés Eloy Blanco, Francisco Pimentel, Kotepa Delgado y Aquiles Nazoa, entre otros, quienes en su gran mayoría firmaban con seudónimo, algunos de éstos difíciles de identificar. Por cierto, que se infiere, por los datos revisados, que en esas dos décadas el béisbol alcanzó una gran popularidad ya que ocupaba suficientes espacios en los medios de comunicación escritos. Nunca antes se escribieron tan buenas crónicas periodísticas y literarias en relación a la disciplina, fenómeno quizá producto a la gran hazaña lograda por la selección venezolana, en la IV Serie Mundial de Béisbol, amateur de la Habana, Cuba, en 1941, donde los criollos se alzaron con el título de campeón.

También en ambas investigaciones del profesor Colmenares se pueden verificar otras fuentes hemerográficas, como Fantoques, La República, El Gallo Pelón, Ahora, el Nuevo Diario, El Nacional y Meridiano, estos últimos dos periódicos con publicaciones más recientes que datan de la décadas del 60 y 70. Allí se pueden leer textos escritos en diferentes géneros, como poesía, crónica, artículo de opinión,

cuentos, reseñas y hasta muy contados ensayos. Trabajos que se caracterizaban por una marcada tendencia hacia el humorismo popular, con la utilización de un lenguaje diáfano, claro y transparente, pero con un excelente uso de los recursos literarios. Destacan en el Léxico del béisbol, los poemas: “Batazos y pelotazos”, y “La decadencia del béisbol”, de Francisco Pimentel “Job Pim”; “Corrido del Magallanes”, de Juan Parao; “Glosa Para Yolanda Leal” y “En la muerte de José Pérez, atleta”, de Miguel Otero Silva; “La vida es béisbol”, de “El Pollo” Malpica; “Huelga en el Big” y “Beisboleando”, de Florentino; “La reina del deporte” y “¡Qué lluvia!”, de Pancho Tronera.

Llanto por ti, la rauda brisa vierte,
dardo en mitad del vuelo detenido,
gavilán en arcilla convertido,
ágil tocado en el leño inerte.

Se acercarán arcángeles a verte
cruzar canchas de cielo dolorido
y atrapar el lucero más pulido
en el salto rabioso de la muerte

Plena estará la celestial tribuna
con vírgenes de nardo y luz de luna,
con mojitas de arroz y maíz tierno.

Y poblarán de gritos los confines
los niños del Señor los serafines,
si le das un tribey al Padre Eterno
(Otero Silva, 1966:103).

En la antología de textos destacan también informaciones y crónicas aparecidas sobre todo en el diario El Morrocoy Azul y el diario El Nacional, en los cuales los periodistas y escritores usaban la terminología del béisbol en sentido denotativo y figurado para de manera jocosa y burlona referirse a sucesos noticiosos en el campo de la política y el mundo empresarial:

“Antes pitchaba a medio brazo ahora lo vamos a hacer a brazo completo”, dijo ayer Jesús Angel Paz Galarraga, candidato presidencial a la Primera Magistratura de la Nueva Fuerza. Paz Galarraga que en muchas ocasiones ha sido señalado como un político de gran valor organizativo, pero poca garra para enfrentar una lucha como la que está planteada en la Nueva Fuerza, echó por tierra esas apreciaciones al agregar. No hay pacto secreto (...) Cada partido, dentro de las normas unitarias está en el derecho de trabajar por ganar la nominación con fe y optimismos razonables. Para decirlo en lenguaje beisbolero: Si antes pichábamos a medio brazo, ahora lo vamos a hacer a brazo completo. (El Nacional, 1972, junio 17)

En Léxico del boxeo en Venezuela, el profesor Edgar Colmenares del Valle rescata textos de más largo aliento como por ejemplo, el ensayo “Los intelectuales y el boxeo”, fechado el 12 de octubre de 1972 en la columna “A Contrapelo” del diario El Universal, en el que se hace especial mención al exótico escritor Gil Fortoul, quien a su regreso de Europa venía acompañado de fama de peso pesado, al escribir sus más importantes obras, entre las que se contaba el Tratado de la esgrima vista como una rara avis por su amigos de letras. Por cierto que en dicho ensayo se relata que Fortoul no aguantó un round encargado de la Presidencia de La República, debido a que Juan Vicente Gómez, -otro con fama de practicar el pugilismo y no precisamente en el ring-, lo devolvió al otro lado del Atlántico como embajador de Francia, luego de que el político afrancesado se liara, literalmente hablando, a ganchos, uppercuts y directos a la barbilla con el chofer que se le había asignado durante su pasantía por el poder.

Se suman al ensayo antes citado, el cuento “Tiresia” de Manuel Bermúdez, recogido en el libro *Los cuentos y el deporte*; un fragmento de *Pies de Barro*, libro de relatos de Salvador Garmendia; además de dos extraordinarias crónicas: la primera de ellas “Combate con la nada” de Otrova Gomas, (en la que el humorista se lanza un interminable combate filosófico con la nada, escrita en *Séptimo Día*, el 30 de septiembre de 1979) y otra, no menos brillante de Luis Moro “...Y el cronopio se nos fue del ring”, aparecida en *El Nacional*, el 20 de febrero de 1984, a propósito de la muerte de Julio Cortázar, otro gran amante del box.

UN ENSAYO: DESDE LA TEORÍA DE LOS JUEGOS

El ensayo es quizás el género en el que menos se ha abordado el tema deportivo dentro del ámbito de la literatura, sin embargo una excepción de lujo la representa el acucioso y por lo demás lúcido y polémico filósofo venezolano Juan Nuño; quien con la maestría que le caracterizaba nos ha dejado para la posteridad dos brillantes trabajos en los que con sobrada agudeza y punzante ironía recorre los recovecos del fútbol y de los toros. Hablamos, por supuesto, de “Teoría de los juegos”, ensayo que aparece en el libro *La veneración de las astucias* (1989) y *El fútbol los toros y la muerte*, que forma parte del libro *La escuela de la sospecha* (1990), en los que el discípulo de García Bacca, en ese interesante ejercicio de sacar a la filosofía de los reductos académicos y los métodos impermeables, logra a través de publicaciones periódicas en los medios de comunicación, acercarnos a la reflexión filosófica abierta y sosegada de una manera amena y esclarecedora -al mejor estilo de los iniciadores de esa tradición- como lo hicieron Ortega y Gasset, Unamuno, Bertrand Russell, Sartre y últimamente el español Fernando Savater, además del mexicano Carlos Monsiváis (por cierto que este último también se ha destacado por la publicación de algunas crónicas y ensayos) con el texto *Los rituales del caos* (1995).

Entre ellos que se cuenta “La hora del consumo de orgullos” que tiene como protagonista al legendario boxeador “manito” Julio César Chávez.

Escribe Juan Nuño en el prólogo de La veneración de las astucias que:

...las fuentes nutricias de toda reflexión se hallan en cualquier manifestación humana y en eso que vagamente llamamos “mundo”, la curiosidad del escritor filosófico se orienta hacia formas de expresión cultural diversa. Por lo mismo, los ensayos, de desigual extensión, que aquí se recogen, varían desde el suicidio, que para Camus era (o más bien decía que era) el problema filosófico mayor, hasta el nacionalismo, que como ideología a probado tener la piel dura a todos los mitos. (1989: 8)

Buena parte de los ensayos que allí se publicaron estaban inéditos. Casi todos los más extensos (Ortega, Unamuno, etc.); algunos de ellos (La teoría de los juegos, pero con el título, Razón y pasión del fútbol, Cine y literatura; En torno a Sartre) fueron publicados en la revista Vuelta que dirigía Octavio Paz.

Por la importancia de ambos ensayos es que seguidamente vamos a hacer varias citas, sin querer abusar de ellas, para que los lectores de este trabajo puedan apreciar en su justa medida la profundidad con la cual Nuño, analiza las características esenciales que a su parecer llevan intrínsecamente los juegos. Escribe Nuño:

La noción de juego es más metafísica que real; ha servido para tratar de explicar muchas cosas: el origen del Estado, como pretendió Ortega; las formas artísticas, como analizó Callois, o incluso toda la actividad social del hombre, como se empeñó en verlo Huizinga. Pero defínase como se quiera, el hecho es que, en la práctica, todo juego se reduce a competencia, es decir, a lucha, esto es, a esa forma tan esencial que es la agresividad humana. Quizá por eso sigue siendo tan popular el boxeo. Primero, porque de “juego” tiene muy poco, salvo un mínimo de reglas que lo

limitan, a un espacio, un tiempo, un peso y unas zonas de castigo; pero, sobre todo, porque en lugar de “jugar” , esto es, de recrear otro mundo al margen del real, los “jugadores” del boxeo, reducidos al mínimo (uno por lado), lo que hacen es sólo pelear : reproducen la más elemental y primarias de las conductas humanas. En vez de juego, el boxeo es una expresión social directa, forma fundamental de vida: tratar de matar al otro”

(:106).

Más adelante aporta el filósofo venezolano la idea de que el juego es una representación o imitación de algo, sobre todo de la guerra y otras muchas de las conductas del ser humano. Dice por ejemplo que en el fútbol se habla de retaguardia, atacantes y defensas y en el béisbol los jugadores se dedican a robar o a comprar, además de que en el juego existe un lenguaje gestual que los contrarios se empeñan en descifrar:

(...) en el fútbol existe un reducto sagrado que se defiende a ultranza para que no resulte violado por la penetración del adversario, en el béisbol se arranca de un hogar o casa a la que hay que regresar tras una carrera por el mundo exterior, recorriendo etapas obligadas, como quien recorre países extraños o sorteas dificultades, sin cuento. En general los juegos que requieren de una participación colectiva son los más próximos a la definición de recreación de otra realidad, por más que ello se haga siempre por recurso mimético. Mientras que los deportes no colectivos, reducidos al mínimo, sólo reproducen la relación básica de las contiendas humanas directas; su lenguaje, entonces, está más próximo a la realidad cotidiana y elemental: si en el tenis hay una “muerte súbita” , metafórica, además de “mates” y “aplastamientos” , en el boxeo, con harta frecuencia, los aplastamientos y las muertes son brutalmente reales. En, 1977, una película americana (Rollerball, de Jewison) profetizó un futuro, no demasiado lejano, en el que el juego favorito de las multitudes, es un deporte, mezcla

de otros (patinaje, rugby , lucha, boxeo), en el cual no sólo está permitido matar, sino que ése es justamente el objetivo del “juego”. (Ob.cit: 106-107).

Señala que los deportes que deberían ajustarse a la definición de “juego” cada día se alejan más de tal definición y se aproximan más a la realidad social, apartándose, incluso, de lo que quería manifestar Callois cuando manifestaba que el juego es un universo aparte fuera de la realidad. Agrega que los espectáculos contemporáneos se alejan cada día más de la leyenda según la cual los griegos hacían una pausa en la guerra para dedicarse a las Olimpíadas, ya que lo que ocurre en la actualidad es que se continúa guerreando en los estadios de otra manera y con unos medios más directos:

“Hágase abstracción de los jugadores, de los atletas, de los deportistas directamente participantes; si actuase en solitario, esto es, sin público que los contemplase, solo prepararían su comportamiento (como en un entrenamiento o ensayo) para otro momento más importante: cuando lo que hagan se convierta en espectáculo y el juego aislado pase a ser juego compartido y juzgado por espectadores. De siempre, toda actividad lúdica ha tenido como finalidad la de ofrecerse en espectáculo, quizá el origen de todo sea el comportamiento de los machos pavoneándose ante las hembras para que éstas, a la vista de las diferentes excelencias y mediante el recurso comparativo, puedan elegir partenaire sexual. Como fuere, no hay juego sin público; prueba de que el público es esencial al espectáculo es que cuando, por cualquier razón, se han tenido que disputar encuentros deportivos a puerta cerrada, esto es, sin público, no sólo ha decaído la calidad de la competencia, sino que en cierto momento ha perdido su sentido. Aun así, es posible concebir (y de hecho a sucedido más de una vez) que se celebre un partido de fútbol, por ejemplo, sin público. Ante todo es falso que sea realmente sin público, alguien lo ve, así sean los preparadores y reservas de ambos equipos”.(: 07)

En otro aparte del ensayo Nuño habla de la especificidad del fútbol y hace un lúcido análisis de este deporte relacionándolo con otros, también colectivos, como el béisbol y el baloncesto. Pero lo realmente interesante es la manera como el autor presenta dos aspectos más profundos como es la presencia del tiempo y de la muerte en el balompié:

Un partido de fútbol es más angustioso y dramático que otro juego cualquiera porque en él, el tiempo corre paralelo a la existencia humana. La pasión que genera el fútbol hunde sus raíces en la oculta presencia de la muerte, que está presidiendo todos los actos humanos, cada vez que estos actos se miden con el paso del tiempo. De ahí esa angustia por el final de un juego de fútbol; de ahí, también esa descarga tensional cuando algo ayuda a eliminar la presencia del tiempo (por ejemplo, una gran diferencia de goles, prácticamente imposible de remontar). Contraprueba de esto lo proporcionan esos espectadores que, cuando tal sucede, es decir, cuando por la seguridad de que el resultado ya está dirimido, comienzan a desfilar antes de que termine el encuentro: ya no hay más que ver, porque el tiempo ha dejado de pesar aplastantemente sobre el resultado del juego... (:111).

En otro capítulo del ensayo Teoría de los juegos, Nuño elucubra acerca de la impureza e irrealdad de los juegos, trayendo a colación el fenómeno de la televisión y de la publicidad. Agrega que a diferencia de los triunfos en las Olimpiadas griegas que eran “comunicados” por medio de los cantos peanes de los vates que celebraban las hazañas de los atletas, ahora millones de personas en todo el mundo a través de la televisión, pueden ver los espectáculos deportivos, lo que suma un ingrediente adicional que es el aspecto comercial, acompañado a la reacción colérica de los telespectadores que son capaces de descargar la tensión acumulada sobre los propios aparatos de televisión.

Por lo demás, el hecho de no estar presentes los espectadores televisivos en el campo de juego, no es garantía de ausencia de tensión. Más bien pudiera presentarse un

incremento de la misma, desde el momento en que las incidencias del juego adquieren carácter comunicacional, redundante y por partida doble, porque se repiten ciertas jugadas y porque siempre hay un narrador que las describe y comenta y, por supuesto, altera. La carga tensional del espectador lejano, del televisivo, es mayor precisamente por recibir doblemente distorsionada la imagen del juego. Todo lo anterior justifica que los ingleses sostengan que su juego nacional por excelencia (que no es fútbol, sino el cricket) más que un juego, sea una institución. Es lo mismo que suelen decir los catalanes de su equipo regional con aquello de que el Barsa es más que un club. Bien visto, todo juego es más que un juego: es un remedo, mejor o peor, del otro único juego que nos toca jugar sin apelación. Sólo que éste es de verdad, es trágico por lo que observa Beckett , “no hay juego de vuelta entre el hombre y su destino. (:114).

Juan Nuño, que a nuestro parecer es el intelectual venezolano que con mayor lucidez ha indagado sobre el deporte de manera reflexiva y especialmente sobre el fútbol como fenómeno cultural, revela también consideraciones estéticas en torno a esta expresión humana que interesan, entre otras cosas porque la ubica muy cercana a la definición de arte:

(...) de modo que todo juego en cuanto a recreación del universo aparte es una falsedad porque lo que reproduce no queda aparte, sino que se tiñe y mezcla con todas las pasiones e intereses que proceden del mundo exterior y cotidiano, de que precisamente el juego, en tanto juego pretendía evadir con su festiva y autónoma representación “. (:106).

El lenguaje que utiliza y el tipo de análisis que va entramando y a la vez reconstruyendo así lo confirma en El fútbol, los toros y la muerte:

“...El cambio tiene que ver con el fútbol – espectáculo introducido por presión de las masas. La estética comienza a privar sobre lo práctico. Ciertamente que lo que cuenta es el resultado, pero la gente, el que asiste al juego o el que lo ve por televisión, quiere algo más, quiere el agrado artístico de cómo se obtuvo el resultado. Se aplaude el gol, pero también se celebran las jugadas arriesgadas, vistosas, por acrobacia o inteligencia. (1996:97)

La profundidad teórica y académica (más no academicista) con la que argumenta sus planteamientos, justifica el hecho de tomarlo como referencia, no sólo para éste, sino para cualquier estudio que intente sondear en las profundidades del fenómeno deportivo. El autor de *Ética y Cibernética*, introduce elementos en la definición de “juego” que implícitamente remiten a una relación entre el deporte y el arte, o en consecuencia entre el deporte y la literatura, actividades que tienen la belleza como aspecto común.

Sostiene una de las plumas más densas y versátiles que haya tenido Venezuela, en el ensayo antes citado, que :

“... gritar “ole” es querer convertir el deporte en arte, querer hacer del fútbol un toreo sin toro. Atiéndase a que solo se dice en determinados momentos, no precisamente cuando se busca y logra el objetivo máximo del juego, el gol, sino cuando se exalta el espectáculo, cuando se disfruta del juego por el juego mismo “. (1996: 97).

Breve reseña biográfica

Juan Nuño fue ensayista y profesor de filosofía, venezolano nacido en Madrid el 27 de marzo de 1927. Falleció en Caracas el 5 de mayo de 1995. En 1947 abandonó España y se trasladó a Venezuela donde en 1951 se graduó en filosofía por la Universidad Central de Venezuela, en una de las primeras promociones de la escuela que había fundado Juan García Bacca en 1946 y en la que se formaron excelentes pensadores. En 1963 vuelve a Europa, para realizar cursos en Cambridge y en la Sorbona. En 1976 pasó a ser miembro del Instituto Internacional de Filosofía de la UNESCO, con sede en París. En la etapa final de su vida se convirtió en un brillante columnista del diario El Nacional con artículos de opinión y crítica de cine.

No queremos terminar este segundo encuentro, sin incluir a los escritores suplentes, pupilos, que han consumidos sus primeros turnos y se perfilan, pluma en mano, como los nuevos bates del deporte en el estadio de las letras nacionales. Sin lugar a dudas que en ese grupo siguen predominando quienes le cantan al béisbol y al boxeo, pero debemos señalar que el fútbol comienza a despuntar entre cronistas y narradores. El primer turno lo consume el más veterano de todos, Felipe Castillo, quien después de su novela El único shorstop y el poemario Pica y se Extiende, ha vuelto a sorprender a la fanaticada con su libro Luz y sombra de la Gloria, que pusiera a circular el Consejo Nacional de la Cultura en el 2004, dentro de la colección Biblioteca Básica Temática.

Otros que lo acompañan quizá con menos average son Milagros Socorro con la entrevista a Alfonso Chico Carrasquel Con la V en el pecho (Fundarte, 1994), Daniel Chapella El Once de América (Fondo Editorial Cárdenas Larez, 1995) Lázaro Candal, El fútbol es risa y poesía, (Eduven, 2002), Enrique Viloria Vera, En tres y dos (Ediciones Pavilo, 2002), Juan Carlos Santaella, Pie de Atleta (Comala.com, 2002), Gerardo Blanco, La vinotinto de Richard Páez (Biblioteca Ultimas Noticias, 2004) y Raúl Día Castañeda, Viaje al primer béisbol (Central Banco Universal, 2004), entre otros.

En los días que hacíamos las últimas correcciones de este trabajo salieron al mercado un par de estupendos libros de crónicas de béisbol, escritos por los periodistas Mari Montes y Humberto Acosta, titulado: Por la goma (2005) y Sandy Koufax y yo (2005). El primero es un texto anecdótico y ameno escrito en un lenguaje sencillo y sin mayores pretensiones narrativas, que pendula a veces entre el humor y los entretelones propios de la experiencia periodística en los viajes, los estadios y los dogout; mientras que en el segundo, Humberto Acosta pone en evidencia no solamente sus amplios conocimientos acerca del béisbol, sino también de la vida del legendario lanzador. Ambos textos a pesar de estar escritos en un lenguaje directo y sencillo propio del diarismo deportivo, no dejan de tener un valor literario, y son indudablemente, un aporte interesante al tratamiento del tema deportivo en el campo de la literatura venezolana.

CAPÍTULO III

ANÁLISIS DE LAS NOVELAS:

CAMPEONES, DE GUILLERMO DE MENESES Y EL ROUND DEL OLVIDO, DE EDUARDO LIENDO

Dudamos de la existencia de algún ser humano, que no haya quedado impregnado de esa extraña sensación que produce el entrar de pronto en contacto con un inmenso estadio deportivo repleto de personas que gritan y vociferan, como queriendo elevar sus cantos al cielo. Y dudamos aún más de aquél, que frente al escenario, no sea invadido por la emoción y el silencio, cuando el atleta, a pocos metros de terminar la carrera, con una furtiva lágrima o un mar de ellas, hace el último esfuerzo contra su propia naturaleza, y a tientas, ciego de dolor y alegría consigue la meta; es decir, la gloria.

En ese momento de júbilo es cuando tomamos conciencia de la profunda trascendencia que tenían nuestros antepasados de América y Europa por el deporte. Ahí está reflejado el verdadero campeón y la admiración de las hazañas por parte de una multitud que lo convierte en un ídolo y en un mito; un heredero directo del hombre que admiraban los griegos.

Su trascendencia en el pasado y su consagración hoy, gracias a los medios de comunicación se debe casi a la aceptación trágica de los griegos: el mundo se mueve entre los héroes y los cobardes, ganadores y perdedores. Festejos y otros acontecimientos, sacrificios e invocaciones a los dioses, la perfección del cuerpo, la inteligencia y la fuerza acompañan la representación del honor del hombre guerrero. ¿Por qué ha de extrañarnos entonces que esa realidad inherente y consustanciada con la cultura helénica y otras civilizaciones haya sido tema recurrente para ser plasmado a través de la escritura en La Ilíada, La Odisea y otros libros?

El deporte y sus hazañas, formaron parte de la tragedia, entendida ésta, según Aristóteles, como la imitación de acciones nobles. Este ocupa un lugar en los textos de los escritores clásicos, modernos y contemporáneos; en géneros como la comedia, la epopeya y la tragedia; o como en el presente, la poesía, el cuento o la novela.

Tragedia y honor en el deporte

Una de las actividades humanas que puede representar con mayor fuerza simbólica las acciones propias de la tragedia, es precisamente el deporte, ya que en éste hay ganadores y perdedores, pero eso no es realmente lo más importante, ya que el héroe griego no es solamente héroe porque sea capaz de alcanzar la victoria, sino porque asimila -también con mucha nobleza-, la derrota.

La tragedia surge cuando, como era frecuente, en la Grecia de Pericles o la Inglaterra isabelina; un pueblo plenamente consciente de las desgracias de la vida confiaba serenamente en la grandeza del hombre, cuyas poderosas pasiones y fortalezas inquebrantables se revelan al ser abatido por el infortunio. Aquéllos que erróneamente piensan en la tragedia como en algo sórdido o deprimente, que son incapaces de reconocer la euforia que produce la celebración de la grandeza humana, y que, por lo tanto, la confunden con lo puramente miserable o patético, deben considerar esta paradoja: las épocas más felices, vigorosas y seguras de sí mismas que el mundo ha conocido la periclea y la isabelina, sean precisamente las que han creado y disfrutado las tragedias más impresionantes. Como paradoja se resuelve por el hecho de que la tragedia es esencialmente una expresión no de desesperación como se cree, sino del triunfo sobre la desesperación y de la confianza en el valor de la vida humana.

El deporte, incluso por encima de la literatura, sigue impregnado del antiguo concepto de la tragedia; para entender esto es necesario aclarar que una acción noble para Homero es la que permite al artista ver y hacernos ver que los hechos allí reflejados poseen esa grandeza y esa importancia que los hace nobles. De no ser así sería imposible entender la acción de Aquiles al arrastrar el cadáver de Héctor, alrededor de las murallas de Troya, y ante los ojos de Andrómaca, quien había pedido que se le concediese un entierro decente. Esta desgracia trágica es solo un medio y no un fin, y es lo que distingue una tragedia real de esas desesperanzadas obras modernas a las que a veces aplicamos dicho término. De allí que también sea difícil entender como los asistentes a una pelea de boxeo, rindan tributos y aplausos a alguien que ha proporcionado una golpiza casi brutal a su contrincante. Esa multitud rinde tributo y premia al boxeador que ha resistido esa adversidad: el perdedor pasa a ser el otro héroe, el de la tragedia real, que ha luchado y resistido gallardamente, sin rendirse ante las dificultades que se le presentan en el ring de la vida.

Tragedia y novela

Hemos hecho el anterior recorrido simplemente para tratar de explicar que no nos debe resultar ajeno que la novela moderna, heredera directa de la epopeya, la épica y sobre todo de la tragedia, pueda brindar un espacio para contar y reflejar por intermedio de los acontecimientos y las acciones del deporte, parte del drama de la cultura y la existencia misma del ser humano.

Aunque los pocos escritores que han decidido incluir el tema deportivo en sus respectivas obras han privilegiado hacerlo a través del cuento y la poesía, no es menos cierto que la novela también ha tenido presencia en el contexto literario aunque de manera muy incipiente. En el primer capítulo, tan solo mencionamos una referencia en este sentido *El delantero centro fue asesinado al atardecer*, de Manuel Vásquez Montalbán, sin embargo, a continuación queremos hacer algunas reflexiones en torno a dos importantes obras que en ese género se han publicado en Venezuela, se trata de las novelas *Campeones* de Guillermo Meneses y *El Round del olvido* de Eduardo Liendo.

Aunque en el lapso de tiempo que va entre la publicación de las anteriores aparecieron otras dos: *La Última oportunidad del Magallanes*, de Rafael Zárraga y *El último short stop*, de Felipe Castillo, por problemas de tiempo y espacio sólo dedicaremos algunas pinceladas a sus autores.

En principio comentaremos que *Campeones* y *El round del olvido* fueron escritas en épocas diferentes, por escritores con estilos y tendencias distintas y en oportunidades contrapuestas que marcaron un hito, cada uno a su manera, en el ámbito de la literatura nacional. El lapso de tiempo entre la aparición de una novela y otra es de cincuenta y cuatro años, circunstancia que implícitamente -por el largo vacío sin que

se escribiera una obra con la misma temática-, le da importancia al desarrollo de esta última parte del trabajo.

Los Autores, para comenzar

Guillermo Meneses, perteneció a la llamada Generación de 28, mientras que Eduardo Liendo ha estado presente activamente y con excelentes trabajos en las “vanguardias” literarias de las tres últimas décadas. Ambos con pasantías por algunas cárceles del país debido a sus distintas posiciones políticas. Lamentables experiencias de vida que le sirvieron, sobre todo a Liendo para cultivarse en la formación intelectual, e incluso, como tema recurrente en alguna de sus obras.

El autor de *Campeones* nació en 1911, es ubicado por los críticos e historiadores de la literatura vernácula en la conocida Generación del 28, agrupación con una marcada tendencia hacia el compromiso político, pero que en ningún momento estuvo alejada del interés por el periodismo, el arte y la literatura, aspectos que le sirvieron para manifestar sus ideas.

Tuvo una influencia marcada de Julio Garmendia, quien inicia una ruptura con el tipo de literatura que se venía haciendo en el país, gracias a una renovación estilística que empieza a mostrar a través de sus libros más representativos como *La Tienda de Muñecos*, publicada en 1927. A su vez Meneses ejerció influencia sobre un grupo de excelentes escritores, más o menos contemporáneos suyos, como Antonio Márquez Salas, Gustavo Díaz Solís, Humberto Rivas Mijares y Oscar Guaramato.

Su primera novela *Canción de Negros*, aparece en 1934, ese año escribe también la novela corta, *La balandra Isabel llegó esta tarde* y el cuento “Adolescencia”. Luego vendrían *Campeones* (1939), *El mestizo José Vargas* (1942), *La mano junto al muro* (1951), *El falso cuaderno de Narciso Espejo* (1952) y *La misa de Arlequín* (1962).

Este formidable escritor venezolano además ejerció con mucho éxito el periodismo y la crítica de arte en diarios y revistas nacionales e internacionales. Fue director de la revista “Élite”, que según sus propias palabras, fue fundada para el nacimiento de una verdadera generación de narradores venezolanos, que se gestó en los últimos cinco años de la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Por otra parte, Eduardo Liendo, nació en Caracas en 1941, justo cuando Menees estaba en su mejor momento creador, es quizá junto a Balza y Salvador Garmendia, el escritor venezolano más destacado de los últimos treinta años, entre otras cosas, porque abrió un nuevo cauce entre las corrientes que dominaban la narrativa venezolana antes de la década del 80 y porque su estilo se caracteriza por el lenguaje diáfano y transparente, cual río de Heráclito. Además de preciso y elocuente, pero sobre todo, marcado por un uso estricto y ajustado de los recursos literario.

A decir del joven escritor y crítico venezolano Juan Carlos Méndez Guedez, en un excelente ensayo sobre la literatura venezolana (Veinte años no es nada), Eduardo Liendo ha sido tal vez la cabeza más visible de la narrativa local en las décadas de los 80 -y por qué no, agregamos nosotros- pudiera ser en la década que comienza, a propósito de su última novela El round del olvido.

Mientras la obra de Trejo sostuvo (más no amplió) el valor de sus rasgos durante los ochentas, Balza y Liendo alcanzaron en este tiempo su esplendor como narradores. De allí que la década (de los ochenta) esté signada por ambos, pues en esta fecha cuando desde perspectivas antagónicas de abordar el relato, los dos ofrecen las señales explícitas de la madurez. Si bien Balza publica Marzo Anterior en 1965 y Liendo edita El mago de la cara de vidrio en 1973, las novelas de mayor consistencia que ambos nos han ofrecido hasta la fecha aparecen en este período. En 1982 Balza publica Percusión y en 1985 Liendo Saca a la calle Los platos del diablo (...) En Los

platos del diablo abandono el tono humorístico y tragicómico de las obras anteriores para hurgar en los fantasmas de la “esterilidad creadora” (1995: 23)

Liendo, tal y como mencionamos antes, al igual que Meneses sufrió las penurias de la privación de libertad por defender sus ideas políticas. Participó en los movimientos guerrilleros que surgieron en nuestro país durante la década del sesenta, lo que le ocasionó el difícil trance de estar preso en varias cárceles venezolanas, pero que también le ayudó a formarse intelectualmente, y a vivir una experiencia existencial que en oportunidades ha sido transmutada en sus obras por intermedio de la ficción. Un ejemplo de ello pudiera ser la novela reporterial *Los Topos* (1975), en la que narra la fuga de una cárcel, túnel mediante, y en la que aparecen personajes “reales” de políticos venezolanos que vivieron tal aventura.

La estructura narrativa del caraqueño está signada por el dominio de las técnicas vanguardistas de la literatura y por un excelente empleo del humor y la ironía, recursos que le dan vida a una temática que insiste en reflejar la soledad del hombre, la complejidad de la existencia y la alienación de lo urbano. Todos estos aspectos, que están presentes de forma sugerida y excepcional en *El round del olvido*, colocan a Liendo en lo más alto del podium (para utilizar un término deportivo) de la literatura nacional.

Destacan entre sus obras *El mago de la cara de vidrio* (1973), su primera novela; *Los Topos* (1975), *Mascarada* (1978), *Los platos del diablo* (1985), *El cocodrilo Rojo* (1978), *Si yo fuera Pedro Infante* (1989), *Diario del enano* (1995) y *El Round del olvido* (2002).

Por otra parte, Rafael Zárraga (Yaracuy, 1929), periodista de larga trayectoria sobre todo en el diario *El Nacional* y dos veces ganador del concurso de cuentos de ese mismo diario (en el año 1959 con “Nubarrón” y en el 1966 con “El abrazo duerme

bajo la ceniza”) se gradúa como novelista con *La Última oportunidad del Magallanes* (1978) en la cual hace una indagación interior, con un lenguaje coloquial y de contenido humorístico, en el que propone nuevas indagaciones en el manejo de la lengua y la estructura del texto, a través de una trama y un tema que no aparecía desde los tiempos de *Campeones*.

Por cierto que Zárraga, en el inédito libro *El esperpento y otras intenciones*, tiene un cuento corto titulado “El lanzador estrella”, que trata al igual que en “La gloria de Mamporal” de Andrés Eloy Blanco, la rivalidad entre dos pueblos. Este texto cuenta cómo el pitcher estrella de uno de esos pueblos se enamora de una mujer fanática del otro equipo, lo que le trae muchos problemas; así que por miedo, el jugador se dedica a ser policía y termina lanzándole bombas a los estudiantes durante las manifestaciones en Caracas.

Cuentista, poeta y novelista Rafael Zarraga, cuenta entre sus trabajos más destacados con, *Las rondas del Obispo* (novela), *Elisa Morirá esta tarde* (teatro), *Cuentos infantiles* y su último poemario *Versos del Mar Vivir* que salió de la imprenta en noviembre del 2004.

Por su parte Felipe Castillo, (Caracas 1958) forma parte de un grupo de jóvenes escritores que a principios de los noventa dejaron a un lado la tendencia hacia el cuento breve que dominó el escenario de la literatura venezolana de los años ochenta, abriendo espacios con otras alternativas, más bien hacia géneros de mayor amplitud, en contraposición a las experiencias de laconismo y concisión de las décadas pasadas.

Castillo, junto a otros creadores da al traste con los temas intimistas, intrascendentes y cotidianos para hurgar en nuevas vertientes en las que se percibe la intención individualista de experimentar en temáticas que refresquen el panorama de un

narrativa que pendulaba entre la problemática social y política propia de los sesenta, período que Salvador Garmendía llamaría la “década meteórica”.

Esa nueva camada de escritores, que no continuaron con la tradición de círculos, revistas y manifiestos (Saurio, *El techo de la Ballena*, entre otros) optaría por una especie de renovación, situada más allá del barroquismo y la denuncia que había dominado hasta ese momento. Hecho que se puede entender, además, por los cambios que empieza a vivir el país, la nostalgia de las ilusiones pasadas y el reto de continuar con otras perspectivas en las cuales se imponía la urgente oxigenación para acceder a nuevos modelos de conducta y concepciones de la realidad.

Estos hechos tocan inapelablemente y muy de cerca a los artistas y especialmente a los escritores, que por momentos se sienten desconcertados por una atmósfera apuntalada por el escepticismo, producto a su vez, de los trágicos acontecimientos: políticos, económicos y sociales que se agudizan en el país (27 de Febrero 1989), pero que a diferencia de los años sesenta tuvieron en las nóveles voces una respuesta distinta, también marcada por el nihilismo y la desesperanza, que intenta bajo cambios de perspectivas dejar a un lado el compromiso social de la literatura, adhiriéndose así al recurso esencialmente estético de la forma y profundizando en los poderes de la ficción.

Además de Felipe Castillo, (*Solo un Short Stop*, 1993) se escuchan a principios de los noventa distintas voces como las de Ricardo Azuaje, con *Juana la Roja* y *Octavio el sabio* (1991), Israel Centeno con *Calletania* (1993) Juan Calzadilla con *Incisiones* (1955) y Slavo Zupcic con *Areaza Barbie* (1995). Interesa Castillo quien es columnista del suplemento literario *Verbigracia* del diario *El Universal*, quien además ha sacado a la calle *De paso por el frío* (1986) y *Pica y se extiende* (1995), ha sido el único de esa camada de jóvenes -y otros no tan jóvenes- escritores que comienzan a brillar con luz propia a partir de los primeros años de la década del noventa. Han

optado por reflejar con un manto de imaginación literaria la actividad deportiva que, como hemos señalado reiteradamente, aún no goza de suficiente simpatía en los cenáculos de las letras nacionales.

Con El último short stop, este escritor caraqueño propone la posibilidad de abrir un abanico de opciones para que otros se interesen en un tema que ha tenido inmensas lagunas y sobresaltos y que vivió su mejor momento por allá en los años cuarenta con Andrés Eloy Blanco, Otero Silva y Meneses, quienes recrearon las incidencias del deporte a través de la ficción narrativa. Esta novela trabajada en primera persona, un poco consustanciada con la técnica de la entrevista periodística, cuenta la historia del beisbolista Henzo Hernández, quien también con grandes aciertos continuó la zaga de los campo cortos en las Grandes Ligas. Este personaje de los años 70, lleva sobre sus hombros la pesada carga de emular a otros dos consagrados paracortos venezolanos como fueron Davalillo y Concepción.

La novela propone una lectura acerca del auge y la caída del héroe épico, más propia del boxeo, pero que es bien lograda por Castillo con el béisbol recurriendo a una trama sencilla, en la que se van sucediendo cronológicamente los momentos de gloria, pero también lo más difícil de un pelotero que firmó en la pelota rentada con apenas 17 años de edad y que ya a los veinte formaba parte del “roster titular” de los Padres de San Diego.

Con un conocimiento amplio del béisbol y un manejo adecuado del tiempo y espacio de la narración, Felipe Castillo triunfa en su cometido, en una novela cuya trama se desarrolla en la imposibilidad del pelotero de soportar la presión anímica de llegar a la fama muy joven y de no poder superar las dificultades de ser un buen bateador. En un momento en que ya los clubes comenzaban a exigir a los short stop, no solamente habilidad en la ofensiva, que era el caso de Henzo, sino concentración y fuerza para sacar la pelota del cuadro:

Mi rapidez me hacía lucir porque realizaba las jugadas en fracciones de segundo. Y lo mejor de todo era que tenía a Luis Aparicio que aprobaba mi actuación con una sonrisa desde dugout, o a un Remigio Hermoso que me felicitaba siempre. Pero el bateo, a pesar de mi facilidad de contacto, de la habilidad que logré desarrollar tocando la bola, dragándola, empujándola detrás de los corredores, nunca fue de un grandes ligas... Pero yo era un niño consentido al que le había caído de sorpresa una contratación a los 17 años y una entrada al dinero y a lo mejor del béisbol cuando todavía pensaba en ir a Lecherías a bañarme y despanzurra cangrejos “ (:75)

EL ROUND DEL OLVIDO: CINCUENTA AÑOS DESPUÉS

Lo primero que podemos decir acerca de El Round del olvido, es que sin lugar a dudas viene a ser la obra más relevante que se haya escrito en el país relacionada con el aspecto deportivo. Después de Campeones no se había hecho un trabajo tan bien elaborado, que seguramente alcanzará mayor resonancia, en el que un deportista (boxeador) tuviera tanta presencia y vitalidad en el desarrollo de la historia, ya que es quizás éste el que le proporciona mayor interés a la novela, interviniendo de manera decisiva en unos episodios en que los personajes proyectan una fuerte introspección emotiva y existencial.

Otro rasgo característico de la misma en cuanto al autor, es que en ella Liendo, retoma el tema de la guerrilla y la violencia política que estuvo en boga en la literatura nacional en la década de los años sesenta. Esto en cuanto a la temática, más no en la estructura narrativa del texto en la cual muestra nuevos ensayos.

El autor quizás intenta atrapar y hacer confluir en este excelente libro toda una línea de trabajo que viene desarrollado desde la publicación de El mago con la cara de vidrio (1973), obra humorística y sarcástica en la que está presente una crítica casi

apocalíptica en torno a la presencia de la televisión en la sociedad; pasando por Los Topos (1975), extenso relato, más real que ficticio, en el cual recrea el tema de la subversión a través de la fuga de una cárcel; y con Si yo fuera Pedro Infante en donde vuelven a acechar los fantasma del héroe. Con El Round del Olvido –como se lee en la presentación de la novela- hurga en la existencia de tres personajes de fuerte intensidad psicológica cuyas vidas se entrelazan por la voluntad, el peligro y la tragedia.

Un acercamiento al Round

Una de las lecturas posibles de esta novela es la pasión amorosa que, como una fatalidad, se gesta desde la infancia de los protagonistas. La lucha de un boxeador que se debate entre ser campeón o caer en la nada, paralela a la accidentada vida de un joven intelectual revolucionario atrapado entre sus ideales y la violencia, son trascendidas por la presencia de una periodista – escritora, que narra la historia desde su interioridad.

La novela de Liendo, como las mejores, tiene una gran capacidad de persuasión y seducción por el tema y el estilo, pero también por la manera como está narrada esa trágica historia de amor, que se aparta de la cursilería y el sentimentalismo empalagoso para entrar en la esfera de lo cotidiano y del mundo real, sin dejarnos olvidar, que estamos incursos en el ámbito de la ficción.

El estilo que utiliza el autor es sumamente efectivo y adecuado a su cometido. Haciéndole honor al uso preciso, justo y coherente de la palabra, sin mayores rebuscamientos, algo a lo que ya nos tiene acostumbrados.

El autor va ubicando las palabras en un entramado que permite el desarrollo de la historia con fluidez y máxima transparencia, pero sobre todo con la maestría de quien

sabe hacer figuras de la palabra hablada y conoce perfectamente los idiolectos y giros que debe emplear para cada personaje.

Sorprende como por ejemplo, domina el léxico y el sub-código del deporte, en este caso específico del boxeo, lo que logra tan solo alguien que haya estado muy compenetrado con la disciplina, que haya vivido de manera intensa el contexto en el cual se desarrollan los episodios, o que se haya dedicado a realizar un estudio pormenorizado al respecto. Nos inclinamos por la segunda tesis, a partir de las notas bibliográficas del autor.

En esta extraordinaria narración no hay anacronismo de ningún tipo en cuanto al contexto y la jerga del barrio, ubicada principalmente en la época de los 60 y que es impresionantemente exacta :

... el boxeo para mí era lo máximo. El puro sueño, Pastelito era exigente para enseñar los secretos del oficio. Yo lo comprendí bien, se veía que había sido un peleador muy técnico y con estilo, no un tiracoñazos, eso me gustaba. Pastelito según se comentaba había llegado lejos. Su récord era burda de interesante, pero no pudo más porque le faltaba pegada, o sea era puro adorno, puro lujo en el ring, puro farol, pero no podía coronar, como cuando se le mete mano a una mujer pero no la voltea. Su derecha era una mota decían las lenguas e segueta en el gimnasio. Pero todos lo respetaban porque conocía el oficio, manejaba los secretos. Eso me parecía burda de chévere, porque yo quería ser un boxeador inteligente. No era subir y matarse a carajazos como en un pleito callejero. Era boxear, moverse, lucir fino en la batalla. Eso lo entendí siempre, o sea, desde que colgué el saco de arena en la entrada del túnel. Ser boxeador no es lo mismo que ser tonto como piensan algunos (2002: 60-61)

Sin brechas en el estilo del Round

En el Round del olvido las frases son cortas y tanto los sintagmas, como las oraciones están ordenadas de tal manera que permiten captar con suma facilidad lo expresado. Fluyen las ideas, no hay incisos ni rodeos que exijan un esfuerzo en la comprensión de la generalidad del texto. No hay abuso de los recursos literarios y menos de los adjetivos, adverbios y metáforas. Resulta casi imposible que el libro sea dejado a media lectura porque la narración atrapa con una intensidad que no deja espacio para perder el hilo. Fluye la escritura sin academicismo, rigidez y amaneramiento, al mejor estilo clásico.

Un estilo que fracasa a la hora de contarnos una historia es aquel que mantiene al lector a distancia de ella y le deja la conciencia lúcida; es decir, consciente de que está leyendo algo ajeno, no viviendo y compartiendo la historia con sus personajes. Este fracaso se advierte cuando el lector siente un abismo que el novelista no consigue cerrar a la hora de escribir su historia entre aquello que cuenta y las palabras con que está contándola. Esa bifurcación o desdoblamiento entre el lenguaje de la historia y la historia misma, aniquila el poder de persuasión, así como lo entiende Vargas Llosa (1997), y este, definitivamente no es el caso de la obra que ahora estudiamos.

La estructura de la novela, se advierte, como en casi todas las narraciones, desde el primer capítulo en el que aparece la voz de la escritora-periodista Dalia, hablando desde su interioridad, suerte de monólogo, acerca de lo que se dispone a escribir y cómo intenta hacerlo. Allí comienza a abrirse el panorama de cómo está conformado el cuerpo de la novela, se identifica a un narrador en primera persona que forma parte de las acciones del relato. Luego aparecen otros dos narradores (Teo y Oliver), también en primera persona, que cuentan historias paralelas que se van alternando a

lo largo de las mismas, aunque siempre se impone la voz de Delia, quien domina los tiempos, el espacio y el nivel de realidad:

Durante algún tiempo supuse que en algún momento escribiría un extenso reportaje titulado “El poeta y el boxeador”, donde más que una semblanza de sus vidas intentaría una aproximación a ese fuego interior que los hizo seres tan singulares. Yo tenía lo más entrañable de todo: las intensas vivencias compartidas. Pero no pretendía entonces ser otra protagonista de la historia, sino apenas, un puente amoroso para la comprensión de sus vidas. Más tarde comprendí que lo que me apremiaba era algo diferente a un relato periodístico. Pero no debo apresurar innecesariamente la narración haciendo esas disquisiciones para justificarme. No debería ser así. Es inevitable asumir la condición de personaje, mi nombre es Noelia Santana. Lo mejor entonces, es comenzar por el principio: soy una alumna de tercer grado en una escuela ubicada en un barrio popular cercano al centro de la ciudad”.(:6)

Es en los cortísimos siete primeros capítulos, en los cuales se empiezan a identificar el perfil y las características de los tres personajes principales de la obra, se señala el camino y los recovecos por los cuales transitará el lector de una manera tan apasionada e intensa como la vida de Noelia Santana, Teo y Oliver. Aunque existe en la forma de la novela pequeños saltos retrospectivos, a manera del flash back cinematográfico, la narración transcurre de forma lineal y cronológica, lo que por su puesto impide que se den saltos en el vacío. No se desnuda completamente la trama, sino que por el contrario a medida que avanza se van haciendo nuevos descubrimientos que nos cautivan página a paginas hasta el final.

El esqueleto de la novela está compuesto por 139 capítulos que componen un total de 506 páginas, que a su vez podríamos dividir en tres grandes bloques: el primero de ellos en el cual se narra la historia común a los tres personajes durante la infancia, la escuela y el hogar. Un segundo en donde aparecen las historias individuales de cada uno de los personajes que avanza a partir de la adolescencia; un tercer capítulo en el

que se vuelven a juntar las tres historias, pero dominados por la casi omnipresencia de Noelia que abarca el texto como novelista y personaje, entre otras cosas porque es ella la que sobrevive para contar las aventuras y la muerte de Teo y de Oliver:

Uno de mis compañeros de escuela se llamaba Teo (el boxeador) . Es un tremendo. Un pícaro. Creo que el más pobre de todos. Lleva puesto zapatos viejos, pero no sucios. Lo que me gusta de él es su risa y su atrevimiento. En el recreo hace maromas en el patio y, a veces, también se lía a puñetazos con otros niños mayores que él. Me he dado cuenta de que le temen pero cuando pueden le molestan. Alguien dijo que su casa es el túnel de un tren abandonado, pero nadie está seguro y él se niega a responder si le preguntan si es cierto... Con otro compañerito, Oliver, si hablo aunque parece muy penoso, vive cerca de mi casa y tenemos que hacer el mismo recorrido, pero rara vez hemos andado el trecho juntos. Es inteligente y saca buenas notas. Su papá es maestro en otro colegio. Y una maestra dijo en clases que es un niño muy especial porque estudia música. En el recreo le pregunté si era verdad y dijo que sí, que desde pequeño toca el piano.” (: 6-7)

El contexto y otros detalles del Round

El Round del olvido está ambientada en la década de los sesenta una de las más memorables del siglo XX, ya que durante ella se sucedieron en el mundo acontecimientos que tuvieron repercusión en nuestro país. Estaba en pleno auge la fiebre revolucionaria que atraía a intelectuales y jóvenes que se contagiaron con las utopías de la revolución cubana, y otro tipo de movimientos que trastocaron la dinámica política y cultural de una Venezuela que, apenas salía de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y se abría paso salpicada por la irreverencia del Mayo Francés, la Guerra Fría, las excentricidades de los hippies, el fanatismo por The Beatles, el uso de la marihuana, el pensamiento del Che Guevara y los trágicos sucesos de la guerra de Vietnam y la muerte de Luther King.

También en el plano literario, esta década estuvo signada por un intento (no logrado) de renovación en la estética narrativa y la discusión de ideas que tenían como aspecto central el tema de la literatura comprometida con lo real y específicamente con la esencia social y combativa. Se dieron muchas experimentaciones en la prosa de ficción y dio pie para que más adelante aparecieran escritores llamados de vanguardia, entre los que destacó Eduardo Liendo como uno de los emblemáticos habitantes de ese espacio y ese contexto. A decir de Luis Barrera Linares:

...más allá de la historia particular de los tres personajes, que de por sí ya logra un importante efecto muy atractivo para la lectura, la novela tiene además la particularidad de circunscribirse (siempre referencialmente) a un periodo histórico muy particular en la Venezuela contemporánea, sin que pueda decirse que se trata de una novela localista. Las acciones transcurren entre la dictadura de Pérez Jiménez (1952-1958) y el final del siglo XX. El autor se vale de acontecimientos históricos particulares (nacionales y de otros países), bien conocidos y los lleva al espacio de la ficción, sin que para nada se perciba un interés documental, político y proselitista. Eso es obviamente un excelente logro” (Revista Nacional de Cultura, número 328)

Sin lugar a dudas que con *El Round del olvido*, estamos en presencia de un escritor de sobrada experiencia y sólida formación que obra tras obra ha ido depurando cada vez más su estilo y presentando alternativas que lo sitúan en un lugar especial de la narrativa venezolana, no solamente de las décadas del 70 y 80, sino también que al parecer lo espera su consagración en este siglo que apenas comienza, en donde lo acompañan otros preferidos del público como Francisco Massiani y Ana Teresa Torres.

Así lo reafirma esta interesantísima novela en donde la ficción se mueve en limitados pero ilustrativos niveles de realidad que sugestionan y persuaden al lector -de una

manera intensa gracias al juego estimulante-, en la que se conforman y se intercambian sucesos diversos y vivenciales, ordenados en un sistema de vasos comunicantes que le dan cuerpo a una historia que a pesar de la yuxtaposiciones no pierde jamás su intención macro.

El Round del olvido, a pesar de que no es una novela en la que la trama está estructurada sólo para contar la historia de un boxeador que lucha a golpes y contragolpes, en ascensos y dramáticas caídas por ganarle la pelea a la existencia; tiene el gran mérito de entrelazar otras dos historias: la de Oliver y de Noelia; recurriendo a un personaje sacado del ambiente deportivo para armar un drama que hace de ésta una novela singular que rescata y le da fuerza a la posibilidad de darle vida narrativa a los acontecimientos del deporte en el ámbito de la literatura venezolana, como también se hace en Campeones, La otra oportunidad del Magallanes y El último short stop.

CAMPEONES. LA PRIMERA EXPERIENCIA

Es posible que algunos se sorprendan si decimos que la novela Campeones de Guillermo Meneses, tiene apenas un rasgo característico que la diferencia de la narrativa tradicional venezolana: es el que le viene dado por el hecho de que es la primera que aborda el tema deportivo, lo que para el momento de su publicación (1929), era un elemento extraño, no solamente a la novela sino al resto de los géneros, con la casi absoluta excepción del cuento “La Gloria de Mamporal” de Andrés Eloy Blanco, que apareció publicado en La aeroplano Clueca (1935).

La línea de Campeones

Con Campeones es la primera vez que se dedica una obra completa al tratamiento Literario a la actividad deportiva por intermedio de dos personajes que son ascendidos a la condición de héroes en el béisbol y el boxeo, que para ese instante

eran las disciplinas más populares y preferidas del público venezolano. La historia gira casi totalmente en torno a la vida de dos jóvenes de Macuto, que intentan superar la pobreza y la marginalidad social, optando por conseguir espacio y reconocimiento a través de la práctica del deporte.

Sin embargo, más allá de esa propuesta y la ocasión de haber sido llevada a la televisión con algún éxito, -hecho que la populariza- como ocurrió con el cuento La Balandra Isabel llegó esta tarde (1934), obra de mayor jerarquía de Meneses, -que también fue adaptada pero esta vez al cine-; la novela no revela casi ningún aporte en lo que corresponde a la línea que había conducido la narrativa nacional hasta ese momento. línea que continúa mucho después a los años 30 y que aún continúa, sin variables que podamos considerar importantes para hablar de un verdadero cambio en cuanto al estilo y mucho menos en cuanto al fondo, que sí había recibido tímidos aportes con la insurgencia de Doña Bárbara de Rómulo Gallegos, en contraposición a la generación que lo antecedió.

¿Novela y autores sociales?

La literatura venezolana, que se inclinó siempre por la poesía, el ensayo, los retratos históricos y los trabajos breves, en desmedro de la novela, a pesar de estar basada, según la mayoría de los críticos en la vertiente realista-social, no ha cambiado mucho, ya que a pesar de ello, siempre ha privilegiado la forma y la estructura de la narración más que el contenido o la semántica. La misma a pesar de hacer un intento por reflejar los acontecimientos del presente, “lo nuevo”, si queremos optar por la epistemología del término “novela”, nunca ha estado consustanciada directamente con la realidad venezolana. Por lo contrario más bien ha sido evasiva, incluso con los días más desesperados y turbios de la sociedad nuestra como fue la época de la colonia y los avatares políticos económicos y sociales más recientes.

A pesar de que los intelectuales y escritores siempre fueron vistos por el resto de los habitantes, como seres excepcionales, capaces de interpretar con mayor lucidez los acontecimientos del presente, siempre estuvieron en la práctica, alejados de las luchas y movimientos reivindicativos de la nacionalidad, circunstancia que se puede apreciar en el contenido de sus obras y sobre todo en la revisión de las biografías de cada uno de ellos. Con excepciones honrosas como la de Juan Vicente González y Andrés Bello y en menos mediada la de Rómulo Gallegos.

Desde el mismo origen de nuestra literatura, que según algunos estudiosos como Bello se inicia con la Independencia, otros como Calcaño, Menéndez y Pelayo en los albores de 1806, manifestando que antes de esta época toda la historia fue “una página en blanco”, hasta el más pesimista de todos como Gonzalo Picón Febres, quien señala que apenas en 1930 es que se puede hablar de la literatura. Venezuela no ha tenido una opción propia con rasgos distintivos, sino más bien copias de modelos y propuestas del extranjero, ajenas a nuestra realidad y a nuestro pensamiento.

No en vano Juan Vicente González en una oportunidad clama desesperado por una literatura que sea “Fruto espontáneo de nuestra civilización y nuestro clima... “Hilad la seda de nuestro seno, libad nuestra propia miel, cantando vuestras canciones; porque tenéis un árbol, un panal y un nido”. No obstante González, fueron muchos nuestros escritores que se quejaron por la falta de identidad de nuestras letras.

Nos referimos a periodos más remotos hacia el 1881 de Felipe Tejera en sus Perfiles Nacionales, a Julio Calcaño en 1892 en su Parnaso Venezolano, José Gil Fortoul en 1903 quien decía que la literatura vernácula no tenía características distintas a las del resto de Hispanoamérica; incluso referimos como caso más cercano a de Rómulo Gallegos en la novela Reinaldo Solar cuando expresa que “han fracasado lastimosamente todos los que han tratado de hacer una literatura nacional, falta de materia prima, el alma de la raza” (1967: 23)

Las primeras pinceladas de esa búsqueda que tanto se aclamaba viene a mostrarse con el criollismo y el costumbrismo en los últimos años del siglo XIX con trabajos como los de Romero García, Urbaneja Achepol y Eduardo Blanco con Zárate específicamente, pero que se quedan paralizados en unas descripciones un tanto falsas y adulteradas de la vida popular, que no tenían ni una sola palabra en relación con lo más profundo y verdadero del alma nacional.

Los cambios en esa visión del proceso creativo han sido tenues en relación al gusto, los tiempos y las influencias, incluso en los géneros literarios. Desde Bello y casi hasta nuestros días se han heredado las mismas características fundamentales del hecho literario en Venezuela. Así lo afirmaba Arturo Uslar Pietri en los años noventa:

“Desde el siglo pasado, algunos críticos han creído poder señalar un estilo literario predominante en Venezuela, o a caso mejor, un gusto predominante, a través de géneros y de épocas por determinados estilos afines. Es un gusto por las formas más elaboradas, preciosas y gratas al oído, que, no en pocas ocasiones, por culpa del exceso, ha llegado hasta el defecto y el amaneramiento (...) Ha habido en Venezuela un gusto muy pronunciado por el estilo florido y por el ingenio de la expresión, por la bellezas de forma, independientemente del contenido que ha traído la curiosa designación de “estilista” para destacar a los que se acercan esa idea de gracias formal “ (La invención de América Mestiza:433)

Los escritores modernistas como Díaz Rodríguez, son los que representan mejor esa inercia en la que “flores y lindezas” empalagan los textos. Son contados los poetas y narradores que le dieron mayor importancia al contenido sobre la forma. Lo que constituyó la imposibilidad de conseguir una expresión propia que más allá del regionalismo o localismo, pusiera de manifiesto una manera acertada de expresar el

verdadero país, que la entendieran la mayoría y no una minoría culta y letrada a la cual al parecer iban dirigidos todos los esfuerzos artísticos.

Literatura y pesimismo criollo

Otro de los rasgos característicos que pesa sobre ese “modelo” es una terrible y marcada carga de pesimismo que ha heredado el escritor venezolano. Siempre se ha tratado de mostrar el antagonismo entre la barbarie y la civilización, representada la primera por unos campesinos y peones despojados de toda posibilidad de acceder a los inmensos recursos de la tierra, y por el otro, el patrón y hacendado que conmina a éstos a una vida de injusticias y maltratos. Una imposibilidad lacerante que en oportunidades desdibuja las oportunidades de transmitir y comunicar un vestigio de esperanzas. Lo que a veces aniquila la tentación de hablarle a los habitantes sobre la exaltación del trabajo como condición para un mejor futuro y de “retratar” a un ser humano más auténtico desde el punto de vista filosófico y existencial, por encima de las acostumbradas pequeñas pinceladas de intrigas de amor que leemos en muchas de nuestras narraciones:

El escenario es casi siempre la hacienda o el hato, y los más de los personajes son campesinos. La capital solo aparece incidentalmente, como lugar donde las buenas intenciones y los ideales están condenados al fracaso, donde la ruindad y la bajeza triunfan, y también como centro, donde, a través de algunas privilegiadas cabezas irradian las ideas de progreso y reforma (:438).

Esto ha cambiado muy poco ya que lo que sigue predominando en el ensayo, el cuento y la novela venezolana es la posición negativa, irónica y satírica acerca de la realidad social. Son “raras avis” aquellos escritores quienes asumen una posición más optimista y estimulante y verdadera, menos maquillada. La literatura nacional está

llena de personajes sórdidos y marginales, de muy baja autoestima e incapaces de vivir bajo otras perspectivas que no sean los signos del fracaso. Nos preguntamos entonces si esa manera, tan libre como las mariposas, de asumir la literatura no ha incidido en el comportamiento del venezolano actual, o viceversa.

Aún en este siglo XXI que comienza, los escritores siguen metidos en sus obsesiones ante el fracaso a manera de inadaptados de la realidad que reflejan un escenario particular, quizás al del resto de los mortales. Esto pudiera explicar la visión trágica y pesimista que se tiene de una literatura, que aún no consigue reflejar a través de sus libros parte de los acontecimientos más relevantes de las distintas épocas que hemos transitado, y, esto no quiere decir que estemos dejando un lado el hecho mismo de la ficción y queriendo sustituirla por historia pura. Lo que ocurre es que ni los escritores de la generación del 28 -salvo contadas excepciones-, ni los de los años 60 con la violencia política y la guerrilla, incluso los de las últimas cuatro décadas, han podido representar al menos simbólicamente, una realidad que no puede ser ajena a los escritores, entendiendo que están inmerso en un contexto y un devenir que forma parte de sus vidas.

Resulta asombroso y revelador a estas alturas de la historia literaria venezolana, leer en el brillante ensayo “La inhóspita palabra” del poeta Rafael Furqué, profesor de la Universidad Simón Bolívar, para quien:

En lo novelesco, habitables resultan los mundos de ficción de firmes construcciones y densos pasajes; poblados de rostros nítidos de expresiones precisas; regidos por leyes claramente perceptibles, fácilmente identificables. La habitabilidad pareciera desvanecerse en ficciones de muy prevalecientes diseños, de inadecuación, incomprensión o extrañeza (2000:67)

Más adelante reafirma que construcciones verbales de una ética de la inconformidad y del desánimo asentada sobre muchas irritadas vigiliadas y sobre mucha lucidez condenatoria; recreaciones de una ética de lo precario y lo furtivo que pareciera cobrar forma de esa atroz revelación expresada por el personaje de Viejo de González León: “Nadie canta victoria en este insomnio maldito”. Y remata Furqué diciendo: “En suma, una moral de la inconformidad expresada a través de su estética de lo inhóspito, algo que en Venezuela ha llegado a traspasar el ámbito de lo puramente narrativo hasta invadir otros niveles estéticos” (:61).

Campeones sin escapatoria

Después de hacer este largo e imprescindible recorrido por una de las características esenciales de la novela venezolana que tiene que ver con su propia identidad, es necesario que volvamos sobre *Campeones*, para manifestar que ella, a pesar de los grandes y celebrados aportes de Guillermo Meneses esencialmente con el Falso Cuaderno de Narciso Espejo y “La mano junto al muro”, no escapa a las características propias de la novela que acabamos de explicar, ya que al igual que sus predecesores, repite el regodeo por la forma, la retórica y la estética de una descripción barnizada, bastante poética, y por supuesto barroca, en la que aparecen fundamentalmente a manera de rasgos distintivos, la preocupación por ahondar en la parte psicológica de los personajes a quienes describe en profundidad a partir de las preocupaciones propias de la adolescencia. Además del hecho de ubicar las acciones de la narración en lugares que son identificados con sus nombres reales La Guaira, Macuto, Maiquetía Plaza de El Cónsul, Caño Amarillo y otros.

Sin embargo Meneses insiste en reflejar el aspecto trágico pesimista y de frustración presente aún en la narrativa contemporánea. La lucha de clases, el conflicto campo-ciudad, el racismo y la desesperanza están presentes en esta historia que toma el deporte como pretexto para contar las desilusiones del beisbolista Teodoro Guillén,

su hermana Pura, el boxeador Ramón Camacho y sus amigos Luciano Guanchez y José Luis Monzón:

“Desde que Teodoro se había hecho inservible como jugador rodaba por caminos del vicio era borracho, ladrón y pendenciero, cambalachiata de sortijas, lucía el rojo brillo de un granate sobre el grueso aro de oro que brillaba en sus dedos morenos, en su mano larga de negro beisbolero ; chulo y enamorado vivía Acosta de una mocita blanca de la vida a quien llamaban La Muñeca “ (:146).

El cómo de Campeones

Campeones es una obra extensa (223 páginas), que está narrada en primera persona de manera lineal y que al igual que El Round del olvido, publicada 50 años después, inicia la historia de manera cronológica desde la niñez de los personajes hasta llegar a la adultez y desemboca en un final desalentador; no tan trágico como la novela de Liendo en la cual mueren dos de los personajes principales, aunque por supuesto con notables diferencia en el estilo y en la estructura de la trama.

El sexo, la violencia de Caracas, el robo, la prostitución, el alcoholismo y la marginalidad, son aspectos recurrentes, tratados de manera excesiva en Campeones, a pesar de que la misma está ubicada en la década de los treinta, lo que paradójicamente no ocurre en El Round del olvido que recrea la época de los sesenta en la que esos problemas sociales se supone están más agudizados. No obstante, el autor de Los platos del diablo, no cae ni en la denuncia, ni en la exaltación trágica de esos flagelos sino que nos entrega una narración donde la reflexión, las conclusiones y el goce estético quedan reservados al lector:

No quería que nadie lo viera, que nadie le preguntara... ¡ qué desconsuelo profundo, enorme, horrible, dentro del pecho! ¡qué negro y grande desconsuelo ¡ Aquella

soñada felicidad – triunfos, mujeres, borracheras – estaba perdida.. y el que estaba seguro de conseguir el puesto de pitcher al hablar con don Luis... (:34)

Otra diferencia en el estilo de ambas, es que Meneses contrasta con Liendo en la abundancia de metáforas, adjetivos, regodeos y pequeñas descripciones en un lenguaje de frases largas y giros, en los cuales debemos destacar la presencia de una intención poética, incluso cuando dibuja jugadas y acciones del béisbol:

“Y un flechazo blanco salió de entre las manos de Teodoro, mientras Negro Julio, en un salto, detenía la bola... El esfuerzo tras la mancha blanca de la pelota los atraía lo mismo que sus luchas y sus juegos sobre la arena húmeda y sucia de olas y algas..”.

Sin embargo, como expresamos antes, el gran mérito de Guillermo Meneses en esta novela es atreverse a contar una historia a partir del deporte. Hecho inédito en la narrativa venezolana, sobre todo cuando apenas esta disciplina comenzaba a popularizarse con la creación de las primeras ligas profesionales. Al respecto es atinado destacar que Meneses al igual que otros intelectuales que conformaron la Generación del 28, como también la Generación del 27 española, fueron amantes de los deportes y hasta llegaron a practicarlo con éxito. Esta importancia crece más aún si consideramos que se esperó medio siglo para que apareciera otra tan completa como el Round del olvido que a nuestro parecer la supera con creces.

De esta manera lo reconoce el prologuista de la cuarta edición de la novela, hecha por Monte Ávila en 1990, el profesor y crítico Alexis Márquez Rodríguez:

La novedad podría decirse que es absoluta, en el sentido de que, aparte de la novela de Meneses el deporte no ha recibido el tratamiento literario que él le dio, al dedicar toda una novela específicamente al tema deportivo. A lo sumo se han escrito algunos cuentos sobre el tema deportivo el conocido como el conocido “La gloria de

Mamporal “, de Andrés Eloy Blanco, anterior a la novela de Meneses y en la cual el elemento temático se subsume dentro de una atmósfera, predominantemente, satírica, irónica y costumbrista. Muy posteriormente Rafael Zárrega trata la materia en su novela La última oportunidad del Magallanes” (:8)

Dos novelas, dos autores, dos épocas, dos propuestas: modernismo y vanguardia de las últimas décadas, pero sobre todo, dos inmensos aportes al tratamiento del deporte como tema recurrente en nuestra literatura.

CONCLUSIONES

Una vez culminada esta investigación que además de permitirnos acceder al título de Magíster en Literatura Venezolana, nos ha regalado la dicha de escribir algo digno en torno al deporte y la literatura, dos grandes pasiones irrenunciables que nos ayudan a sopesar, para decirlo con palabras de Kundera, la insoportable levedad del ser.

No nos queda otra que tratar de enumerar aquí algunos aspectos, que a manera de conclusión, esperamos puedan servir para esclarecer, y porque no, para justificar, los motivos que nos llevaron a realizar este ardua pero sabrosa gimnasia a la cual nos hemos entregado con un poco de esfuerzo y también de dedicación.

Primero:

Creemos que este trabajo representa un modesto aporte, sobre todo, en lo que tiene que ver al estudio de una materia como el de la recurrencia de la actividad deportiva en su intención literaria, que no pocas veces ha sido ignorada, malquerida y hasta subestimada, por quienes nos hemos dedicado al estudio y la comprensión del hecho literario.

Segundo:

Estimamos que la misma, por su innovación y pertinencia, contribuye a darle un cambio de visión y perspectiva a los caminos por los que debe transitar una especialidad como la literatura, que no solamente está llamada a recrear los ilimitados mundos de la ficción, sino que es un espejo en donde es posible reflejar vivencias y acontecimientos de actividades humanas tan trascendentales e importantes como la deportiva, que forma parte de nuestras circunstancias y de nuestro intenso devenir filosófico y existencial.

Tercero:

Entendemos que esta tesis de grado es simplemente una aproximación que sin mayores pretensiones puede que abra camino y sirva de estímulo para que otros estudiantes y especialistas del área, se incentiven a profundizar en temas como este, que resultan vírgenes, o pocos abordados en las diferentes corrientes del pensamiento académico y específicamente literario.

Cuarto:

Sería satisfactorio que se valorara este esfuerzo no como una pretensión de realidades absolutas o búsqueda de realizaciones categóricas, sino como una experiencia en la cual están presentes experiencias personales que tienen que ver con circunstancia propias de un mundo lúdico en donde se funden placeres, emociones, experiencias de trabajo, viajes, lecturas, colores y aromas que están íntimamente consustanciados con el aire que a todos nos rodea y que, por supuesto, no puede ser ajeno al maravilloso mundo de las letras.

Cinco:

Esperamos que esta compilación y organización, totalmente arbitraria, de algunos de esos textos vinculados con el deporte y la literatura sirvan para conocer y descubrir, pero también para encontrar placer en este juego que es leer y que para algunos, como nosotros, puede ser tan apasionante como un gol en el último minuto del encuentro.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarado, H. (2000): EL exilio y otras delicias: Valencia. Asociación de empleados de la Universidad de Carabobo

Apuleyo Mendoza P.(2002): Aquéllos tiempos con Gabo. Barcelona: Plaza y Janés.

Ariza J. (2003): Literatura. Bogotá: Intermedios Edit.

Benedetti, M. (1979): La tregua. Bogotá: Seix Barral

Blanco G. (2004): La vinotinto de Richard Páez. Caracas: Biblioteca Últimas Noticias

Brito C. (2004): Luz y sombra de la Gloria. Caracas: Biblioteca Básica Temática CONAC

Burns J. (1997): La mano de Dios. Buenos Aires: Planeta

Candal L. (2002): El Fútbol es risa y poesía. Caracas: Eduven

Chapela D. (1995): El 11 de América. Caracas: Fondo Editorial Cárdena Lárez

Colmenárez E. (1997): El léxico del béisbol. Caracas: Centauro

_____ (1984): El léxico del boxeo. Caracas: UCV Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Filología “Andrés Bello”.UCV

Cortázar, J. (2000): La vuelta al día en ochenta mundos. Tomos I y II. Madrid: Siglo

XXI Editores S.A.

Cuenca H. (1980): Imagen literaria del periodismo. Caracas: Edic. Biblioteca Central-UCV

Díaz Castañeda, R. (2004): Viaje al primer béisbol. Caracas: Edic. Central Banco Universal

Fernández R. (1965): Obras Completas de César Vallejo. México: FCE

Fontanarrosa, R. (1997): Cuentos de futbol argentino. Buenos Aires: Alfaguara

Galeano E. (1984): El futbol a sol y sombra y otros escritos. Madrid Siglo XXI

_____ (1968): Su majestad el futbol. Montevideo: Arca

García-Márquez G. (2002): Vivir para contarla. Bogotá: Norma

González J. (2003): El béisbol en Venezuela. Caracas: Fundación Bigott

Grass G. (1999): Mi siglo. Barcelona. Alfaguara

Guillén N. (1973): Obras completas. La Habana: Instituto Cubano del Libro

Hemingway E. (1985): Muerte en la tarde. Bogotá. Seix Barral

Hernández Mendo A. (2003): Deporte y Literatura: algunos versos. Revista Digital – Buenos Aires - Año 5 - N° 22

Homero (1999): La Ilíada. Bogotá: Panamericana

_____ (1996): La Odisea. Madrid: Edaf

Levinsky, S. (1996): Maradona: rebelde con causa. Buenos Aires: Corregidor

Lezama Lima, J. (1958): Tratados de la Habana. La Habana:

Liendo, E. (2002): El round del olvido. Caracas: Monteávila

Maradona, D.A. (2000): Yo soy El Diego. Buenos Aires: Planeta

Martí, J. (1963): Obras completas. La Habana: Editorial Nacional de Cuba

Meneses, G. (1990): Campeones. Caracas: Monteávila

Mires, F. (1996): La revolución que nadie soñó. Caracas: Nueva sociedad
Monsiváis, C. (1995): Los rituales del caos. México: Nueva era
Mujica E. (2001): Obra poética. Valencia: Universidad de Carabobo-Dirección de Medios
Nuño, J. (1990): La veneración de las astucias. Caracas: Monteávila
Otero Silva, M. (2002): Oficina N° 1. Caracas: CEC
Pacanins, F. (1998): El Libro del béisbol: Cien años de la pelota en la literatura venezolana. Caracas: CEC

Quiroga, H. ():

Sábato, E. (2000): Antes del fin. Bogotá: Seix Barral
_____ (2001): La resistencia. Bogotá: Seix Barral
Santaella, J. (2002): Pie de atleta. <http://www.comala.com>
Scout W. (1962): Principios de crítica literaria. Barcelona: Laia
Socorro, M. (1994): Alfonso “Chico” Carrasquel, con la V en el pecho. Caracas: Fundarte
Uslar Pietri, A. (1996): La invención de América mestiza. México: FCE
Valdano, J. (1998): Cuentos de futbol. I y II. Madrid: Grupo Santillana
_____ (1996): Sueños de futbol. Madrid: Aguilar
Vitoria Vera E. (2002): En tres y dos. Caracas: Pavilium
Virgilio (1992): La Eneida. Madrid:
Vivaldi, M. (1986): Curso de redacción. Madrid: Paraninfo
Wolfe T. (1992): La hoguera de las vanidades. Barcelona: Anagrama
Zárraga, R. (1978): La última oportunidad del Magallanes. San Felipe: Fondo Gobernación del Estado Yaracuy
_____ (2004): Versos del mal vivir. San Felipe: Ateneo de San Felipe
_____ (1989): Popol Vuh, libro del común de los Quichés. La Habana.

_____ (1974): Tratado de Nicolás Guillén. Obras completas. La Habana: Unión Edic.

_____ (1984): Poli Delano. Hinchas y Goles: el futbol como personaje. Buenos Aires: Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos